JOAQUIN LOPEZ BARBADILLO • A. CUSTODIO



LA DANZA DE LA MUERTE

LA DANZA DE LA MUERTE

Imprenta Artística Española, San Roque, 7.—Madrid

LA DANZA
DE
LA MUERTE

NOVELA ESCÉNICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO

Y

A. CUSTODIO

ESTRENADA EN EL SALÓN NACIONAL

LA NOCHE DEL 22 DE ABRIL DE 1911



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

NÚÑEZ DE BALBOA, 12

1911

Á

Anselmo Miguel Nieto,

NUESTRO HERMANO EN EL ARTE,

LOS AUTORES

REPARTO

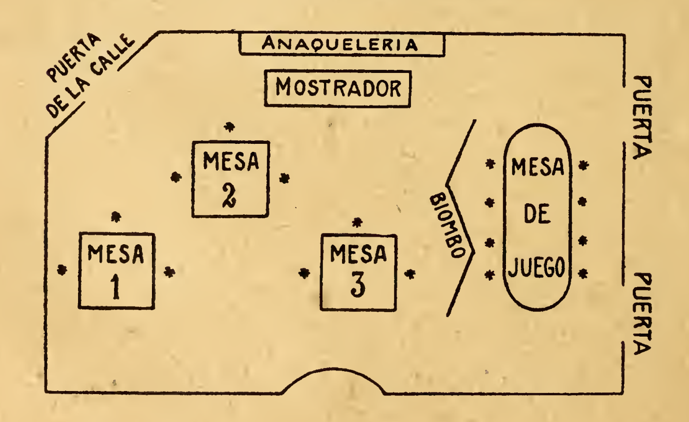
PERSONAJES	ACTORES
PIEL DE OSO.	SRTA. ANGELES HERMAN.
GOLIAT.	SR. CARLOS MIRALLES.
EVA.	SRTA. MARÍA VALENTÍN.
OCTAVIO.	SR. MANRIQUE GIL.
TONIO.	» JOSÉ BALSALOBRE.
MARTA.	SRA. JOSEFINA VÁZQUEZ.
JACOBO.	SR. VICENTE RICO.
EL SEÑOR MILES.	» VENTURA VÁZQUEZ.
NANÁ.	SRA. PILAR EZQUERRA.
ZAZÁ.	SRTA. E. RUIZ BLANCO.
MARINERO 1.º.	SR. F. LÓPEZ SILVA.
MARINERO 2.º.	» CARLOS GÓMEZ.
ZÍNGARO 1.º.	» GERMÁN DE CASTRO.
ZÍNGARO 2.º.	» JOSÉ RIVAS.

Mujeres alegres, bebedores, tahures y marineros

La acción en una taberna de una playa de la Costa Azul
Epoca actual

Las indicaciones, del lado del actor

PLANTA DE LA DECORACIÓN



OBSERVACIONES

Piel de oso no tiene edad; lo mismo puede aparentar treinta años que sesenta. Es una ruina. Ha sido extraordinariamente hermosa y aún puede conservar algunos rasgos de la belleza que se fué. Viste prendas elegantísimas y estropeadas, restos de una opulencia ya lejana. Llevará en la cabeza una gasa flotante de cualquier color, ó nada: lo que haga la figura más artística. La ropa pudiera ser una falda de seda ó terciopelo verde ó celeste, una blusa encarnada y una capa de piel, con forro de un color muy vivo. El pelo negro ó canoso y en desorden, la nariz enrojecida, los ojos saltones. Es una loca alcohólica. A ratos tiene accesos terribles y á ratos muestra un candor infantil. Cualquier manera de desempeñar el papel, haciéndolo todo siniestra y sombríamente, ó dando algunas *ligerísimas* notas cómicas, estará dentro del personaje.

Goliat es un hércules de feria. Gran peluca rubia, cara completamente afeitada. Lleva un altísimo sombrero flexible, de un tono claro, con cinta anchísima de seda del mismo color. Pantalón de calle, de dibujo estrafalario; camiseta color de rosa, de artista de circo, y un ancho collarín de seda roja, bordado de oro; sobre la camiseta y el collarín tiene únicamente un abriguillo corto con las bocamangas y el cuello de terciopelo. La actitud de Goliat es siempre mitad de bestia, mitad de sinvergüenza.

Eva tiene de diez y seis á veinte años. Mientras más niña parezca será mejor. Viste un traje modesto, pero bonito. Al entrar en el primer acto, lleva una gorrita que se quitará para estar en escena y se pondrá cuando sale á la calle.

Octavio es joven, está afeitado; sombrero flexible y traje de americana. En el primer acto lleva en la solapa un ramito de dos nardos.

Tonio, tabernero, padre de Eva. Cuarenta y cinco á cincuenta años. Traje de chaquetón de lana azul; camisa blanca, sin planchar, con el cuello desabrochado; sombrerote alto, redondo, con el ala levantada por delante. Cara á gusto del actor. En los tres actos lleva al cinto, bien visible, un cuchillo en su vaina.

Marta, tabernera, querida de Tonio, es una jamona gua-

pota, de treinta y cinco á cuarenta y cinco años. Lleva falda corta, á listas blancas y de color, corpiño de terciopelo, delantal blanco con peto, cofia blanca y zapatones bastos.

Jacobo, mocetón guapo, afeitado, muy tostado por el sol; viste como Tonio; puede llevar botas altas de agua.

El señor Miles, cincuenta años; monocle, traje de smocking, abrigo de entretiempo, frégoli. Es un hombre maduro que viste como un pollo gomoso.

Naná y Zazá, son dos cocottes jóvenes, guapísimas y admirablemente vestidas. Sombreros; trajes magníficos, sobre los cuales llevan largas y lujosísimas salidas de teatro, que se quitarán y dejarán dentro para hacer á cuerpo la última aparición del tercer acto.

Los Marineros 1.° y 2.°, y los Bebedores, Tahures y Marineros visten á capricho, dentro de tipos semejantes á los de Tonio y Jacobo.

Los Zíngaros 1.° y 2.°, van completamente afeitados; llevan chaleco y frac ó smocking encarnados, corbata blanca, calzón corto negro, medias negras, zapatos de charol, sombrero frégoli y abrigo de entretiempo, que sólo se quitarán para hacer á cuerpo la última salida del último acto. Cada uno entra de la calle en escena con un estuche de violín.

Las Mujeres alegres visten trajes semejantes al de Marta, pero más llamativos, y cofias.

SERVICIO DE ESCENA

Tres, cuatro ó cinco carteles de bebidas ó anuncios de vapores; ninguno estará escrito en castellano.—Un biombo.—Una mesa de juego.—Tres mesitas cuadradas.—Catorce ó diez y seis taburetes.—Ningún mueble deberá recordar los usados en las tabernas españolas.

En el mostrador.—Dentro del cajón, muchas monedas de plata.—Encima, cuatro ó cinco barajas francesas, botellas de todas formas y clases, con líquido imitando ron.—Otras dos de coñac.—Otra de kummel (agua).—Dos tarros de ginebra (agua).—Un sifón.—Un frasco negro de ginebra (vacío).—Seis copas para agua.—Seis más pequeñas.—Otras seis para licores.—Una jarra de cristal con agua.—Tres ó cuatro cucharillas de mango largo.—Un barreñito de loza con agua.—Una pluma y un tintero ancho de cristal.—Cuatro bandejas de diferentes tamaños.

A la mano.—Un ramito de nardos.—Papel de música escrito, apaisado.—Muchas monedas de plata.—Diez monedas de oro.—Una cartera de caballero con tarjetas.—Un puñal ó cuchillo (sin filo ni punta) en su funda.—Dos estuches de violín.—Una llavecita para cajón.—Una carta sin sobre.

Dentro.—Un gran cascabel, que suene imitando la marcha de un coche de llantas de goma.—Un buen violín, que se toca.—Una bocina de automóvil, que suena.—Un colchón, para que el cuchillo que se tira al final de la obra no haga ruido al caer.

ACTO PRIMERO

Una taberna extraña. Era un «bar» de cierto lujo y ha venido á quedar en taberna. Las paredes tenían pintadas escenas propias de tales lugares, y ahora están deslucidas y desconchadas. De ellas cuelgan algunos carteles de licores y vinos, y anuncios de vapores transatlánticos; ningún letrero estará en castellano. En el tercer término de la derecha, esquinada á ser posible, puerta con vidrieras que sirve de entrada al establecimiento y que estará constantemente abierta. Puerta, en el segundo término de la izquierda, que da á la habitación de Eva; otra puerta igual en el primer término del mismo lado. Mostrador en el foro, con cajón practicable. Anaquelería llena, como el mostrador, de botellas y copas. Tres mesas cuadradas, de madera obscura, y tres taburetes junto á cada una de ellas, ocupan dos terceras partes de la escena, á la derecha. En la parte de la izquierda hay una mesa grande de juego, separada de las del otro lado por un biombo y alumbrada por una lámpara con pantalla verde. Sobre el mostrador, y en el lado derecho de la escena, hay luces semejantes, más pequeñas

ESCENA PRIMERA

MARTA, y después TONIO

MARTA.—*(Cerca del mostrador, limpiando copas y botellas y tarareando una canción alegre. Saca de un cajón un cigarrillo, lo enciende y fuma. Después se acerca á la puerta del primer término izquierda y dice al paño:)* ¡Vamos, hombre, vamos!

TONIO.—*(Desde dentro.)* Si ya me he levantado.

MARTA.—Que han dado las ocho. Que te pasas la vida durmiendo.

TONIO.—¡Dale, mujer! Ya voy.

MARTA.—Tú, tendido, y yo, en cambio, hecha una esclava.

TONIO.—No te incomodes, Marta. Si ya voy. Si ya estoy vestido. Hoy me he retrasado porque he tenido un buen sueño.

MARTA.—Como siempre.

TONIO.—*(Saliendo primera izquierda.)* No; como siempre, no. ¡He soñado que desbancaba en Montecarlo!

MARTA.—No está mal.

TONIO.—¿Y dices que son las ocho? Bien has podido dejarme en la cama media hora más. Hasta las nueve no habrá gente.

MARTA.—¡Media hora!

TONIO.—Oye, ¿trajiste las barajas?

MARTA.—Aquí las tienes ya marcadas.

TONIO.—¡A ver, á ver! *(Marta coge del mostrador un puñado de naipes y se lo entrega á Tonio, que los examina con atención por el reverso.)* Sí, sí... bien, bien.

MARTA.—Como me lo explicaste.

TONIO.—Los nueves en las esquinas, las figuras... ¡Aquí se te ha corrido la tinta!

MARTA.—¿Eh? *(Mirando una carta por el reverso.)* ¡Bah! Esto no lo ve nadie.

TONIO.—No importa... Así tengo que fijarme menos. *(Pausa.)* Tráeme un cigarro.

MARTA.—Toma este; acabo de encenderlo. *(Le da el suyo.)*

TONIO.—Esta noche ganamos de firme; es sábado y tendrá dinero la partida.

MARTA.—¡Veremos cómo lo haces!

TONIO.—¿Desconfías de mis manos? *(Pausa.)* Pero, oye: ¿y Eva? ¿Aún no ha venido?

MARTA.—Los sábados viene más tarde. Hasta cobrar los jornales de la semana...

TONIO.—No sé por qué, siempre me inquietan sus tardanzas.

MARTA.—No se la van á comer por la calle.

TONIO.—¡Como no es tu hija! Y después de todo, mejor que en la taberna está andando por ahí. ¡Para lo que aquí ve!

MARTA.—¿Te avergüenza la parroquia?

TONIO.—No; yo soy capaz de todo; yo engaño, robo... ¡mataría si hiciera falta! ¡Pero á mi Eva, á mi Eva que no la toque nadie! Aquí entra todo el mundo, y...

MARTA.—¿Y qué?

TONIO.—Que el señor Miles viene mucho, y...

MARTA.—Y honra la casa con venir.

TONIO.—No la honra; es igual que los otros: le deja utilidad. Pero es un hombre inmensamente rico, derrocha con las mujeres su dinero...

MARTA.—Y hace bien. ¡El dinero, que ruede!

TONIO.—El señor Miles tiene un anzuelo de oro, y...

MARTA.—Ya quisieran picar muchas.

TONIO.—¡Oye! Que piquen todas, medio mundo, pero mi hija, no. ¿Entiendes? *(Con inquietud y rapidez.)* ¿Te ha dicho él algo de Eva?

MARTA.—*(Vacilando.)* No... nada... Es verdad que la ve con simpatía... pero, nada. Puedes estar tranquilo con tu mosquita muerta. *(En tono agrio.)* Parece una monja.

TONIO.—Mejor si lo parece.

MARTA.—Las hermanas de la Purísima han hecho de ella una mujer impropia del mundo en que vive.

TONIO.—Pero si no hubiese ganado la plaza en el colegio, no sería ahora la primera oficiala de bordados de un taller: sería una mujer tosca, sin educación.

MARTA.—Eso sí. Precisamente la distinción de sus modales es lo que más entusiasma al señor Miles.

TONIO.—¿Cómo?

MARTA.—No, nada, hombre. Que dice él que es muy fina. Que es de la madera de las grandes señoras.

TONIO.—¿Y te quejas de que entrase en el convento? La metí en él apenas se quedó sin madre, por miedo de esta atmósfera. Aquí se hubiera encanallado.

MARTA.—Ya ves que yo la mimo y que la hubiera criado bien.

TONIO.—¡Ja, ja, ja! ¿Tú? Bien sabes tú por qué vives conmigo. Te quiero y sirves para esto; pero...

MARTA.—Nuestro cariño hacia ella...

TONIO.—No, Marta, no; ¡me haces reir!

ESCENA II

DICHOS y OCTAVIO

OCTAVIO.—*(Desde la puerta de la derecha.)* ¡Salud, dioses del alcohol!

MARTA.—Buenas noches, Octavio.

OCTAVIO.—Kummel, Marta.

MARTA.—En seguida.

OCTAVIO.—Y el tintero. *(Marta va al mostrador. A Tonio:)* ¿Qué hay de bueno, Baco del siglo XX?

TONIO.—Usted dirá...

OCTAVIO.—Un día más que ayer, y un montón de corcheas en mi cerebro. *(Se sienta ante la mesa que hay en el primer término derecha, número 1.)*

TONIO.—¿Y cómo va esa opereta?

OCTAVIO.—Adelantadísima. *(Marta le sirve.)* ¡Oh, qué triunfo me espera! Ahora voy á terminar el «duetto» de Colombina y Arlequín. *(Se dispone á escribir sobre un papel pautado que saca del bolsillo.)* ¡Mis biógrafos consignarán que la primera de mis grandes obras la hice en este garito!

TONIO.—¡Ojalá obtenga un éxito como ésta y yo le deseamos!

OCTAVIO.—*(En tono muy jovial y exaltado.)* ¡Si pensase así Eva!... ¿Y por dónde anda? ¿No ha vuelto todavía del obrador?

MARTA.—*(Siempre muy secamente.)* No, todavía no ha vuelto.

OCTAVIO.—Eva es mi musita. Si la tengo delante cuando escribo, todo me sale bien. Ella me inspiró la otra noche el «intermezzo» del primer acto... lo mejor de mi opereta. La risa de Colombina es la misma risa de Eva. Los violines la imitan haciendo un «pizzicato»

y el oboe marca la danza del polichinela, que corona á su amada con morados crisantemos.

MARTA.—¡Qué bonito!

OCTAVIO.—¡Ay, el arte! ¡Qué horrible cosa es el arte sin una musita como Eva! ¿Quieren ustedes dármela? ¿No? Pues yo estoy seguro de que al fin será mía. ¡Quizá el día de mi triunfo! ¡Será mía! ¡Buena ó mala! ¡Como la hagan ustedes!

TONIO.—*(Ofendido.)* ¡Octavio!

OCTAVIO.—¡Ella querrá ser buena!

TONIO.—Esas palabras... *(Como hablando para sí.)* Es verdad: el que entra aquí, tiene derecho á pensar eso. *(Octavio empieza á escribir música. Marta y Tonio se alejan un poco de él. Pausa.)*

MARTA.—*(Bajo, á Tonio.)* ¡Está loco!

TONIO.—*(Bajo, á Marta.)* Loco ó cuerdo, tiene un corazón muy grande. Adora á Eva.

MARTA.—(Y si la adora, ¿qué? ¿Creerá ese necio que va á ser para él? ¡Bonito porvenir!)

OCTAVIO.—*(Solfea y escribe.)* Fa... la... re... do... Esta frase para el metal.

TONIO.—*(A Marta.)* (¡Otros habrá peores!)

ESCENA III

DICHOS y EVA, por la puerta de la derecha

EVA.—*(Muy cariñosa con Marta y Tonio.)* ¡Buenas noches, papaítos! *(A Marta, dándole unas monedas.)* Toma. Los jornales de la semana. *(Sonriente, á Octavio.)* ¡Ay, perdóneme usted; no le había visto! ¡Muy buenas, Octavio!

OCTAVIO.—¡Felices, Eva encantadora!

EVA.—*(En tono festivo.)* Siempre igual: después del nombre, su correspondiente adjetivo.

TONIO.—*(A Marta.)* Yo voy un momento á casa de mi hermano.

MARTA.—Pero, ¿no cenas?

TONIO.—Allí lo haré.

MARTA.—Que vuelvas pronto.

TONIO.—Antes de las nueve estaré aquí. *(A Octavio.)* Vaya, á inspirarse. Ya tiene usted ahí á su musita. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

OCTAVIO.—Adiós, Tonio.

ESCENA IV

EVA y OCTAVIO

EVA.—*(Acercándose á la mesa donde está Octavio.)* Esta noche no estaba usted á la salida del taller. *(Marta anda unos momentos por la escena limpiando la anaquelería, las mesas, etc. Pocos instantes despues, cuando la actriz lo juzgue conveniente, se va por la primera puerta de la izquierda.)*

OCTAVIO.—He pasado la tarde en el Hotel Columbia.

EVA.—¿Algún concierto?...

OCTAVIO.—No. Le he tocado á un pretendiente de corona: un compatriota mío, Aladro Kastriota, español, de Jerez, la tierra del gran vino. Quiere ser rey de Albania. Con cuatro aires populares del país que aspira á gobernar, salí del paso.

EVA.—¡Cómo se codea usted con reyes!

OCTAVIO.—¿Codearme? ¡Si apenas me ha mirado su... soñadora Majestad!... Ni aun creo que oía las composiciones que toqué... Como le tenga al pueblo igual cariño que á su música...

EVA.—¿No lo llamó él á usted?

OCTAVIO.—*(Con gravedad cómica.)* Sí; pero es que el estado de aspirante á rey es muy interesante. *(Queriendo variar de tema.)* ¿No se sienta usted? Beberá usted algo.

EVA.—Gracias. Me sentaré y le veré escribir esos puntos y esas rayas, que no podré descifrar nunca. ¡Nunca! ¡Por más que hicieron las hermanas del co-

legio, no pudieron enseñarme una nota de música!... ¡Ah, se me olvidaba! ¡Le agradezco mucho la serenata de anoche! ¡Porque me figuro que sería en mi honor!

OCTAVIO.—Claro.

EVA.—¿Es de usted aquella barcarola?

OCTAVIO.—¿Le gustó á usted?

EVA.—Preciosa.

OCTAVIO.—Fué una improvisación. Anoche me aburría en la ciudad y me salí á la playa. Me acompañaba, como siempre, el violín, mi único amigo; me inspiró el mar, con el arco arranqué aquel motivo, y enamorado de la frase melódica, vine á su puerta para que usted la oyera.

EVA.—Me gustó mucho. ¿Cómo era?

OCTAVIO.—Se me ha olvidado. El mar me la inspiró, y mi sonata fué una ola que chocó en mi cerebro y se rompió... ¡A sus oídos sólo llegó la espuma!

EVA.—Si es así de inspirada toda su opereta, le aseguro un gran triunfo.

OCTAVIO.—Mi música siempre es un poco triste.

EVA.—Pues á mí me suena alegre.

OCTAVIO.—Porque usted misma es la alegría. Sus palabras de usted borran las nubes negras de mi alma. Mi alma es el espejo de mi patria; sus palabras son el sol de mi España.

ESCENA V

DICHOS y GOLIAT, que entra por la derecha, y mientras Eva y Octavio hablan, mira en torno á ver si le observa alguien, va sigilosamente al mostrador, toma un frasco de ginebra, bebe, y luego se acerca de puntillas á donde están los dos y se pone á mirarlos, sonriendo, con las manos atrás.

EVA.—*(Riendo.)* ¿Ah, sí? Pues cuente usted con que, si en mí consiste, no ha de faltarle el sol!

OCTAVIO.—*(Apasionadamente.)* ¿De verdad, Eva?

EVA.—*(Riéndose.)* ¡Ay, qué cara ha puesto usted!

GOLIAT.—¿Se puede ver?

OCTAVIO.—*(Volviendo la cara sorprendido.)* ¿Eh, quién? ¡Ja, ja! ¡Si es Goliat!

EVA.—¡Ja, ja! ¡Nuestro amigo Goliat!

GOLIAT.—*(Saludando como un clown en el circo; en tono de arenga.)* ¡Sí, señores; Goliat... el gran Goliat, rey de la fuerza, emperador de la barbarie! ¡Pasen ustedes, pasen! Este hombre extraordinario levanta un peso de quinientos kilos, ha levantado á pulso un elefante blanco, suspende un carro cargado de piedras, suspende una locomotora, suspende la función si no pasan ustedes. ¡Adelante, señores, adelante!

OCTAVIO.—¡Que tenga usted siempre buen humor!

GOLIAT.—¡Por tener algo! Ni casa, ni contrato, ni camisa... ¡Creo que, por no tener, no tengo ni vergüenza!

EVA.—No diga usted eso. ¡Si usted es más bueno!...

OCTAVIO.—Ya lo creo, muy bueno...

GOLIAT.—*(Repitiendo su saludo grotesco y sentándose.)* ¡Gracias, querido público! ¡Me vais á convencer á mí de que tengo vergüenza! Un obispo se sienta en un sillón, almuerza bien, se coloca la mitra, y es un santo. ¡Pero yo, que á los quince años me ganaba la vida por las ferias tragándome un sable y una estopa ardiendo!... Creedme que no se puede ser persona decente tragando estopa.

OCTAVIO.—¡Las cosas que habrá usted sido en este mundo!

GOLIAT.—No se pueden contar: payaso, equilibrista, prestidigitador, hombre de goma... En fin, aquí donde me veis he sido hasta salvaje.

OCTAVIO.—¿También salvaje?

GOLIAT.—¡Y dentro de una jaula! Así me llevaban de pueblo en pueblo. Y fuí salvaje, porque estaba enamorado de la mujer del jefe de la «troupe». Ella misma me exhibía al público, y cuando me preguntaba: «¿Qué quieres, salvaje?», yo respondía: «Jafff», que en lengua cafre significa un bisté... Y me lo servían. ¡Qué vida aquella!

OCTAVIO.—¿Y duró mucho tiempo?

GOLIAT.—¡Quiá! Tuve que volver á tragar sables; sino que entonces perfeccioné el número. Un día anuncié que me metía en la boca el cañón de un fusil y disparaba.

OCTAVIO.—Y se llenaría el circo.

GOLIAT.—Naturalmente.

EVA.—Y no dispararía usted.

GOLIAT.—Sí, disparé. Sino que el tiro salía por la culata. Y me llevaron preso.

ESCENA VI

DICHOS y MARTA que sale por la primera izquierda

MARTA.—*(A Goliat.)* ¿Ya estás tú aquí?

GOLIAT.—¿Y dónde mejor? Ya sabes tú que á mí me tira tu ginebra.

MARTA.—¡Veneno debía ser!

GOLIAT.—No es que debía serlo; es que lo es. ¡Pero de algo tiene uno que morirse!

OCTAVIO.—*(A Marta.)* Sírvale usted una copa, le convido. *(Se la sirve en la mesa donde están Eva y Octavio.)*

GOLIAT.—*(A Octavio.)* Pagarás el entierro.

ESCENA VII

DICHOS y JACOBO, por la derecha

JACOBO.—¡Coñac! *(Sin saludar á nadie, se dirige al otro lado del biombo, á la mesa de juego.)*

EVA.—(¡Ya está ahí ese canalla!)

GOLIAT.—*(A Eva.)* ¿Qué refunfuñas?

EVA.—Nada.

GOLIAT.—¿No te es simpático Jacobo?

EVA.—¿Jacobo?

GOLIAT.—Mira: con tantas cosas como he sido, me falta una: verdugo. Pues aceptaría el cargo con tal de colgar al amigo.

MARTA.—*(A Jacobo, llevándole una copa de coñac.)* ¿Por qué no viniste anoche?

JACOBO.—¿Por qué me negaste lo que te pedí?

MARTA.—Me hiciste esperar toda la noche.

JACOBO.—Peor la pasé yo; sin tabaco, sin coñac, sin un céntimo. ¡Vamos, Marta! ¡Y por tan poca cantidad! ¡A poco más, te arruinas!

MARTA.—Tonio guardó todo el dinero.

JACOBO.—Cuando se quiere á un hombre, se hace un esfuerzo para él. ¡Tonio! ¡Tonio! Bastante haces con aguantarle.

OCTAVIO.—*(A Eva.)* ¡Oh! Mi programa es delicioso: dos seres que se aman, una casita oculta en la montaña, lejos de todo el mundo, y alegría y esperanza. ¡Siempre reir! ¡Siempre esperar!

EVA.—¡Por Dios, Octavio, que está aquí Goliat!

GOLIAT.—Pero, ¿me vas tú á hacer creer á mí que no os queréis? ¡Hacéis bien! Tampoco he sido yo cura hasta ahora, pero os caso! *(Se pone en pie, mascullando unos latines, los bendice y se sienta.)*

JACOBO.—*(A Marta.)* ¿No valgo yo nada? Apenas si hay mujeres que...

MARTA.—*(Acercándose á él con pasión y temor.)* ¡No me digas eso, Jacobo!

OCTAVIO.—*(A Eva.)* ¡Qué felices seríamos!

EVA.—Esa es una declaración en toda regla.

OCTAVIO.—Declaración inútil... ¿Verdad, Eva? Mi seductora reinecita tendrá otro destino que el de compañera de este pobre músico.

EVA.—¿Otro destino?

MARTA.—*(A Jacobo.)* ¿Qué más quieres de mí? Hasta el sacrificio de Eva será para tu bien. Si se la entrego al señor Miles, será por verte de una vez harto de oro.

JACOBO.—¡Y que él es rico y paga bien lo que desea!

MARTA.—No cesa de hacerme ofrecimientos... Pero Tonio, ese imbécil...

JACOBO.—Bah, tu hombre es como todos. ¡Mucha comedia, para alegrarse luego!

MARTA.—Eso creo yo; pero le temo... Tonio la quiere con locura.

OCTAVIO.—*(A Eva.)* ¿Por qué no nos tuteamos?

EVA.—Por mí...

OCTAVIO.—Sí; es más cariñoso. Háblame de ese modo.

EVA.—*(Riendo.)* Me parece que va esto muy aprisa.

GOLIAT.—¡Sí, aprisa, aprisa! ¡A noventa por hora!

JACOBO.—*(A Marta.)* ¿Tú le has hablado á ella?

MARTA.—Todavía no.

JACOBO.—No va á quererte oir. A su edad, las mujeres son muy necias. Creen que vale algo la virtud.

MARTA.—Yo la convenceré.

OCTAVIO.—*(A Eva.)* Los pobres que se quieren, son ricos queriéndose. ¡Vale tan poco la riqueza sin amor!

GOLIAT.—*(Se levanta, va al mostrador, bebe de la botella de ginebra y vuelve á sentarse, diciendo á Eva:)* No temas. Marta no me ve. ¡Tiene mucho que hacer ahora!

OCTAVIO.—*(A Goliat.)* Es usted un hombre feliz.

GOLIAT.—Naturalmente. Y, sobre todo, cuando estoy borracho. El aguardiente es lo que diferencia al hombre de las bestias. ¿Tú has visto algún burro que beba aguardiente? *(Vuelve al mostrador, bebe, y se queda allí.)*

EVA.—(¡Jacobo ahí, con ella, mientras no está mi padre!)

OCTAVIO.—¿Qué tienes? ¿En qué piensas, Eva?

EVA.—¿Yo? En nada... En lo que usted... en lo que tú me dices.

JACOBO.—Esta noche necesito dinero... algún dinero... Tengo compromisos... El patrón no me fía más pescado... Me hace falta...

MARTA.—¡Sólo tengo los jornales de Eva!

JACOBO.—Dámelos ahora. Luego me hará falta más. Estoy en un aprieto. *(Marta se los da.)* ¿Lo ves? ¡Si para ti es muy fácil!

MARTA.—*(Tristemente.)* ¡Sí, muy fácil!

JACOBO.—*(Con voz baja y siniestra.)* Oye, Marta: cuando se acabe la partida... te da Tonio la llave del cajón... y tú...

MARTA.—¡Cómo! ¿Qué dices?

JACOBO.—¿Dudas de mí? ¿De mi cariño?

MARTA.—¡Y es para dudar! ¡Siempre me pides imposibles!

JACOBO.—¿No conoces mis necesidades? *(Se dirige hacia la puerta de la derecha, seguido de Marta, que discute con él.)*

EVA.—*(A Octavio, por un ramito de nardos que lleva en el ojal.)* ¡Qué bonitos!

OCTAVIO.—Los corté para ti. Tómalos. *(Eva los coge y se los prende en el pecho, sonriendo.)*

JACOBO.—*(A Marta.)* ¿Conque no te atreves?

MARTA.—¡Si notase él la falta!... ¡Jacobo, quieres imposibles!

JACOBO.—Pues tú verás lo que haces. *(Vase por la derecha.)*

GOLIAT.—(¿De qué habrán tratado esos? Seguramente de alguna obra de caridad.)

OCTAVIO.—*(A Eva.)* ¡Qué sé yo cuándo se estrenará! ¡Ojalá sea pronto! ¡Entonces me veré más cerca de ti!

EVA.—Pero, ¿tan lejos está usted?

OCTAVIO.—¿Cómo?

EVA.—¿Tan lejos estás? No me acostumbro al «tú».

OCTAVIO.—¡No lo sé! *(Con intención muy marcada.)* ¡Sospecho que hay quien trama contra ti una inmensa maldad!

EVA.—¿Una maldad?

ESCENA VIII

EVA, MARTA, GOLIAT, OCTAVIO y MILES, que entra por la derecha y se sienta en la mesa (número 3) que hay en primer término á la derecha del biombo

MILES.—¡Hola, Marta!

MARTA.—¡Bien venido, señor Miles!

OCTAVIO.—*(A Eva, por Miles.)* (¿Qué te parece ese hombre?)

EVA.—(Me repugna.)

OCTAVIO.—(No tanto como á mí.)

GOLIAT.—*(Levantándose y saludando cómicamente, con una pirueta.)* ¡Ilustre señor Miles!

MILES.—¿Qué hay, bandido?

GOLIAT.—¡Psch! Nada, compañero.

MILES.—¡Ja, ja, ja! ¿Compañero de qué?

GOLIAT.—Pues de establecimiento. Sólo que aquí soy yo socio de mérito, y usted es una especie de socio transeunte. Yo me emborracho, animo la reunión, le hago á Tonio recados, le doy un puñetazo al que molesta... *(Bromeando, en tono de superioridad.)* ¡Yo aquí soy más que usted! ¡Hay clases, señor Miles!

MILES.—Bueno; tómate un vaso de ginebra, hombre, si quieres.

GOLIAT.—¿Un vaso?

MILES.—O dos. Mira, ya están pagados dos. *(Dando dinero á Marta.)* Y déjanos. Tengo que hablar con Marta.

GOLIAT.—Gracias, rey de la banca. Tomaré uno por cuenta. *(A Marta.)* Pero me debes otro, ¿eh? ¡Me debes otro! *(Toma por sí mismo del mostrador un vaso de ginebra, se lo bebe y permanece junto al mostrador.)*

MILES.—*(A Marta, por Eva.)* ¿Por qué está siempre al lado de ese musiquillo?

MARTA.—A Eva le gusta el arte.

MILES.—¿No será el artista quien le gustará?

MARTA.—¡Qué cosas se le ocurren, señor Miles!

EVA.—*(A Octavio, por lo que escribe.)* ¿Y ese, qué signo es?

OCTAVIO.—Un calderón. Se coloca sobre una nota y su duración es infinita.

EVA.—Entonces, un calderón sobre el corazón del que ama...

OCTAVIO.—¡Sería... el amor eterno! *(Ríen ambos.)*

MILES.—*(A Marta.)* Míralos... Ríen... Me parece que eso es más que amistad.

MARTA.—¿Más que amistad? Y aunque lo fuera, ¿qué le importa á usted?

MILES.—¡Marta!

MARTA.—¡Eva será suya!

MILES.—¡Sí... por mi oro; pero yo aspiro á más que eso! En Eva no quiero comprar una figurilla napolitana como las que adornan los salones de mi hotel.

MARTA.—Usted sabrá ganarse su cariño.

MILES.—¡Oh, si fuera posible! ¡Daría por ello toda mi fortuna!

OCTAVIO.—*(Exaltado, á Eva.)* ¡No! ¿Verdad, Eva? ¿Tú no te prestarías á una infamia?

EVA.—¿Yo, á una infamia?

OCTAVIO.—¡Qué inocente eres! ¡Yo romperé el maldito tráfico!

EVA.—No te comprendo.

OCTAVIO.—¡Puede que me comprendas pronto!

MILES.—*(A Marta, por Eva.)* ¡Llámala!

MARTA.—Eva... ven... El señor Miles quiere saludarte.

OCTAVIO.—*(A Eva.)* (¡Desconfía de él!)

EVA.—*(Acercándose.)* ¿A mí? ¿Y qué quiere el poderoso banquero con esta pobre?

MILES.—Tenerte junto, junto á mí, para ver esa cara de cielo.

EVA.—¡Galante viene á este tugurio el señor de los palacios!

MILES.—No es galantería. Mis ojos no se abren más que para verte.

EVA.—*(Riendo.)* Pues ya me está usted viendo.

OCTAVIO.—(¡No puedo contenerme!)

MILES.—¿Me das esos nardos que llevas en el pecho?

EVA.—¿Estos?

MILES.—Los compro, si tú quieres.

EVA.—Estos... nardos... me los ha regalado Octavio.

MILES.—¿Octavio?

EVA.—Sí... Espere... Voy á pedirle permiso. *(Se acerca á Octavio y le dice en voz baja:)* Me ha pedido los nardos... Yo le he dicho que me los diste tú.

OCTAVIO.—(¡Pisotéalos antes que dárselos!)

MILES.—*(Adivinando la negativa.)* Si son un regalo de ese señor, no me los des. ¿Quieres que yo también te compre algunas flores?

EVA.—Con éstas, ya... ¿para qué más?

MILES.—Iremos ahora mismo á la mejor florería de la Avenida y las escogerás á tu gusto.

MARTA.—Anda, que te quiere obsequiar el señor Miles.

GOLIAT.—(¡No está mal obsequio!)

EVA.—Octavio me ha convidado al teatro de polichinelas. Ya es la hora de empezar, y...

MARTA.—Y tú, ¿con qué permiso?...

EVA.—Como los sábados me dejas salir un rato...

GOLIAT.—*(Avanza desde el mostrador y se interpone grotescamente entre Marta y Eva. A Marta.)* Y como ayer fué viernes... Dispensa que me meta en estas cosas, ¿eh?, pero ayer fué viernes. *(Se oye el cascabel de un carruaje de llantas de goma que se detiene á la puerta.)*

MARTA.—¡Bien podías tú callar!

ESCENA IX

DICHOS; ZAZÁ y NANÁ, que entran por la derecha

NANÁ.—*(Despidiendo al cochero que las ha traído.)* Vuelva usted á las doce. *(Vuelve á sonar el cascabel del coche que se aleja.)*

MILES.—*(A Marta.)* ¿Quiénes son esas?

MARTA.—Zazá y Naná. ¿No las conoce usted?

MILES.—¿Las bailarinas tan renombradas?

MARTA.—Dos mujeres de historia.

MILES.—Sí. Los nombres son de la aristocracia de la clase.

MARTA.—*(Yendo á Zazá y Naná, que están en pie, cerca del mostrador.)* ¡Tanto bueno por este rincón!

EVA.—*(A Octavio.)* ¡Sí, llévame á pasear! ¡El señor Miles quiere que me vaya con él! ¡Le tengo miedo!

OCTAVIO.—No temas nada. Saldrás conmigo.

NANÁ.—*(A Marta.)* Tres años que no venimos por aquí. ¡Desde que somos «estrellas»!

ZAZÁ.—Por ti, Marta, no pasa el tiempo.

NANÁ.—¡Todo igual! Nos hemos acordado mucho de tu casa.

ZAZÁ.—¡Como que aquí conocimos á nuestros dos americanos!

OCTAVIO.—*(A Eva.)* Pues, vamos.

NANÁ.—*(A Marta.)* ¿Y Eva? ¿Dónde está?

MARTA.—Mírala.

NANÁ.—¡Oh, qué guapa! ¡Ven! ¡Ven á mis brazos, Eva! ¡Dame un beso!

EVA.—*(Ingenua y cariñosamente, hace ademán de adelantarse hacia Naná.)* ¡Juana!

OCTAVIO.—*(Deteniendo á Eva. Resueltamente.)* ¡No vayas! ¡Te va á manchar los labios!

MARTA.—*(Con ira.)* ¡Octavio!

ZAZÁ.—*(A Marta.)* ¡Ah! Pero, ¿ésta...? ¡Pues ya se le va pasando el tiempo!

NANÁ.—*(A Zazá.)* ¿No ves qué traje tiene? Con esa cara y ese cuerpo, bien lo podría llevar de seda.

OCTAVIO.—*(Exaltado.)* ¿Que podría?... *(Reprimiéndose.)* ¡Vámonos, Eva, vámonos! Estas escenas me dan asco.

MARTA.—¿A dónde vais? ¡No saldrá Eva!

OCTAVIO.—*(Firme y serenamente.)* Esta noche, sí. Me lo había prometido.

MILES.—*(Correctamente á Octavio, por Marta.)* ¡Es como su madre!

OCTAVIO.—¡Y yo como su Dios!

EVA.—Octavio... Déjalo, otra noche.

OCTAVIO.—¡No! ¡Ahora mismo, conmigo! ¡En busca de aire puro! ¿No ves que aquí te están envenenando?

MILES.—Déjala, Marta, ¡déjala que se vaya con su amante!

OCTAVIO.—¿Yo su amante? *(Va á lanzarse sobre Miles, y Goliat lo sujeta y empuja á Eva y Octavio hacia la puerta.)*

GOLIAT.—*(A Octavio.)* Vamos, no niñeéis. ¡Al teatro, al teatro! *(Volviéndose á Miles.)* Se van á ir; es un capricho mío. ¿Comprende usted? *(Coge una silla y juguetea con ella como con una pluma.)*

OCTAVIO.—¡Vámonos, Eva, vámonos!

EVA.—*(A Marta, un poco temerosa.)* Volveré pronto; está tranquila.

OCTAVIO.—Volverá pronto. ¡Cuando quiera volver! ¡Ahora se va!

GOLIAT.—¡Bueno, no hables más, hombre! ¡Fuera! ¡Fuera! *(A empujones los hace salir. Gritando desde la puerta.)* Y que no gastéis mucho, ¿eh? *(Entrando.)* No sea cosa que la lleve á butaca. *(A Miles.)* Porque ese no es banquero como usted.

MILES.—¿Te burlas?

GOLIAT.—¡Quiá! *(Naná y Zazá van á ocupar la mesa número 1.)*

ESCENA X

MARTA, NANA, ZAZÁ, GOLIAT y MILES

MARTA.—(¡He tenido miedo!) *(A Goliat.)* ¿Quién te metía á ti en esto?

GOLIAT.—¡Psch! Nadie, es la verdad.

MARTA.—Tú no tienes vergüenza.

GOLIAT.—*(Con muchísima naturalidad.)* ¡Si ya lo sé! *(Pausa.)* ¡Ni tú! *(Pausa.)* ¡Ni ese señor!

MILES.—¿Ni yo?

GOLIAT.—Ni usted. ¡Usted no tiene más que dinero, hombre! Y usted aquí viene á lo que yo me sé, y eso, mientras que yo ande por aquí, va á ser difícil. ¿O es que cree usted que se me compra á mí con dos vasos de esos? *(A Marta.)* Y he tomado sólo uno, ¿eh? ¡Me debes otro!

MILES.—¡Yo puedo hacer!...

MARTA.—¡Si no entraras aquí!

GOLIAT.—¿Que si no entrara? ¡Mientras tengas ginebra, aquí me tienes! Vaya, hasta luego. *(A Miles, dándole golpecitos en un hombro.)* Y ya sabe usted: Goliat, rey de los bárbaros. Levanta un peso de quinientos kilos. Buenas noches. *(Hace un saludo de circo y da unos pasos hacia la puerta de la derecha.)*

MARTA.—¡Canalla!

GOLIAT.—*(Volviéndose.)* Y una locomotora. *(El mismo juego.)*

MARTA.—¿Te irás?

GOLIAT.—*(Desde la puerta.)* Y un elefante blanco. *(Se va.)*

MILES.—¡El hambrón ese!

GOLIAT.—*(Volviendo á entrar.)* ¡Y siete banqueros... de cualquier color! *(Vase.)*

ESCENA XI

MARTA, NANÁ, ZAZÁ y MILES

MILES.—*(A Marta.)* ¿Tú has visto? ¿Tú has oído? *(Marta se acerca á él y le habla animadamente.)*

NANÁ.—¡Qué bárbaro más original!

ZAZÁ.—¡Y qué muchacho el Octavio ese! ¡Es valeroso!

NANÁ.—Por un amante así, daría yo mi vida.

ZAZÁ.—¡Nosotras estamos muy lejos de esas almas!

MILES.—*(A Marta.)* ¡No! ¡Adiós, Marta; me voy!

MARTA.—¿A dónde, señor Miles?

MILES.—¿Te imaginas que voy yo á ser juguete de un payaso? ¿A hacer estos ridículos?

MARTA.—¡Bah, señor Miles; Eva es una loca! Pero no importa; ¡pronto será de usted!

MILES.—Sí, Marta. ¡Pronto... cuanto antes! No repares en medios. ¡Daré cuanto poseo por ser su dueño!

NANÁ.—Ponche Blumm. Después del susto hay que arreglar el cuerpo.

MARTA.—En seguida.

MILES.—Entonces, luego volveré.

MARTA.—¡Sí, vuelva usted! ¡Esta noche doy el paso decisivo! *(Vase Miles por la puerta de la derecha.)*

ESCENA XII

MARTA, NANÁ y ZAZÁ; al final, un MARINERO y dos MUJERES

ZAZÁ.—*(A Naná, por Miles.)* Ese señor se parece á aquel hombre que te pegó en París.

NANÁ.—*(Muy vanidosamente.)* ¡Aquél era más guapo!

MARTA.—*(Sirviéndolas.)* El ponche Blumm.

NANÁ.—Muchas ganas teníamos de tomarlo en tu casa.

ZAZÁ.—¡Las veces que la hemos recordado!

MARTA.—¿Y qué? ¿Se ha hecho dinero? ¿Qué tal por esos mundos?

NANÁ.—Dinero, ninguno; triunfos, innumerables. Y de ti, Marta, ¿qué cuentas?

MARTA.—Ya veis... Esto está como siempre.

NANÁ.—¿Se juega todavía?

MARTA.—Sí; pero hay poca partida. Para que Tonio y yo subiéramos, nos tendría que dar Eva las manos. Pero Tonio es un imbécil y ella no conoce el mundo...

ZAZÁ.—¡Méritos tiene de sobra!

NANÁ.—Pero, ¿Tonio se opondría? ¿Dónde tenía Tonio escondida tanta dignidad? ¡Ja, ja! ¡Yo no se la noté en mi vida!

MARTA.—Parece que ahora va brotándote la ternura paternal... ¡Bah! Yo tengo mi plan y no cuento con él. Luego será el primero que se alegre.

NANÁ.—Claro. Lo malo es el muchacho ese que salió con ella.

MARTA.—¿Octavio? ¿Y qué me importa Octavio? Es verdad que la quiere, pero yo la sabré convencer de lo que le conviene. El musiquillo ese es un pobre diablo, y el diablo que se lleve á Eva, se la lleva en coche. Yo te lo aseguro.

NANÁ.—Yo conozco á un austriaco que la llenaría de perlas.

ZAZÁ.—¡Ah, sí... el del «Moulin Rouge»!

MARTA.—¡No faltan buenos partidos!

(Entran un marinero y dos mujeres y se sientan en la mesa número 2.)

ZAZÁ.—Mira, ya van llegando algunos puntos.

NANÁ.—¿Y los de siempre? ¿Y la famosa Piel de oso, no viene por aquí?

MARTA.—¡Milagro es que no esté aquí ya! No hay manera de echarla.

NANÁ.—Pues á mí me da pena.

MARTA.—¡Si tuvierais vosotras que aguantarle á diario sus gritos, y su borrachera, y sus historias!...

ZAZÁ.—¿Sigue contándolas?

MARTA.—¡Claro! A cada momento á vueltas con lo que fué, con su oro, con sus triunfos, con su escena del circo...

ZAZÁ.—¿Cuando se volvió loca?

NANÁ.—Cuando mató á su amante. Al que salía con ella á trabajar, á ejecutar «la danza de la muerte». ¡Ya hará tiempo de aquello!

ZAZÁ.—¡Y es para enloquecer! ¡Sería un hombre muy guapo!

MARTA.—Dicen que sí. ¡Y matarlo ella! ¡Matarlo sin querer, en medio del aplauso y la alegría del circo! Pero, créelo, mujer, es fastidioso tener que soportar tanto á una loca! *(Se oyen dentro grandes voces y risas.)* Mira, ahí la tenéis ya.

ESCENA XIII

DICHOS, PIEL DE OSO, MARINEROS 1.° y 2.°, JUGADORES y MUJERES ALEGRES. Todos por la puerta de la derecha

MARINERO 1.°—*(Entrando de espaldas.)* ¡Que baile, que baile!

PIEL DE OSO.—*(Entrando. Bailando grotescamente.)* ¡La... la... lará... lará...! *(Se detiene bruscamente.)*

MARINERO 2.°—*(Entrando.)* ¡Bravo! ¡Magnífico!

ZAZÁ.—¡Piel de oso!

MARINERO 2.°—¡Otra danza!

MARINERO 1.°—¡Coronemos á la borracha!

PIEL DE OSO.—¡Ron, Marta!... ¡Una barrica! ¡Quiero nadar en ron! *(Los Marineros 1.° y 2.° se sientan en la mesa número 3.)*

NANÁ.—Piel de oso, ven... ¡ven á mi lado!... ¿No me conoces?

PIEL DE OSO.—*(Se queda mirándola. Tiene nublada*

la vista por la borrachera.) ¿Eh?... ¿Quién?... ¿Quién eres?

ZAZÁ.—Naná... Zazá...

PIEL DE OSO.—¡Oh... sí... sí!... ¡Qué hermosas!... ¡Yo era más hermosa que vosotras!

MARINERO 2.º—¡Baila, baila, Piel de oso!

PIEL DE OSO.—*(Sin dejar de mirar á Naná y á Zazá.)* ¡Qué hermosa estás!... ¡Lo estás! ¡Pero yo era más guapa! *(Casi todo lo dice infantilmente, con orgullo de niña, salvo en algunos momentos de expresión bravía.)* ¿No sabes tú que cuatro hombres se mataron por mí? Uno se arrojó al mar. Otro se degolló. Dos pelearon, y los dos murieron... Los cuatro eran muy feos... *(Pausa.)* ¿No sabes tú que á mí me quiso un rey?... ¡Un rey! Y era la reina yo... Me reía de él. Era un rey viejo, cochino y barbudo. Me ahogaba en oro, me compraba perlas. Tuve yo un capricho, y mandó al Norte un barco con cien hombres á que cazaran osos, y me alfombró un hotel con pieles de oso blanco.

MARINERO 1.º—¡Ja, ja, ja!

PIEL DE OSO.—*(Al Marinero 1.º)* ¡Sí, idiota, de oso blanco!

MARINERO 1.º—*(Muy brutalmente, como todo cuanto dice en la representación.)* ¡Si ya lo sabemos! ¡Si lo cuentas siempre!

PIEL DE OSO.—*(Sombriamente.)* ¡Y yo sólo quería á Hugo! *(Burlona, á Naná.)* ¡Yo valía más que tú! *(A Zazá.)* ¡Y más que tú, fea! *(Todos ríen. Piel de oso vuelve al tono alegre é infantil.)* ¡Ah!... y sobre las pieles tiraba yo al rey. Se ponía á cuatro pies y me paseaba... Y yo decía: «Arre, rey.» Y él se reía. Y á mí me daba asco... Y le decía: «Las barbas son las riendas.» Y le daba un tirón: «Toma, por indecente.» *(A Naná.)* ¿Tú no sabías eso?

NANÁ.—Sí, mujer, que lo sé.

PIEL DE OSO.—¿Tú no sabías lo que hice yo con un inglés en Roma?... ¿Y lo que me pasó en Viena?... ¿Y mi viaje á la India?... *(Como yendo á enseñar algo.)*

Mira: esta esmeralda... *(Se desabrocha el pecho para buscarla y no la encuentra.)* Yo tenía una esmeralda. ¿En dónde está? *(Señalando á un hombre que entra en aquel momento en la taberna.)* ¡Me la habrá quitado ese, que es ladrón! *(Recordando y sonriendo.)* ¡Ah, no! La vendí. Iba á haberte enseñado la esmeralda de aquel príncipe negro... ¡Más grande que tus ojos era, y más brillaba!... ¿Y la capa grana con que salía al circo?... ¿Y el aplauso, el aplauso?... *(Desvariando de nuevo.)* ¿Y mi Hugo?... ¿Y mi Hugo, el que salía conmigo? *(Trágicamente.)* ¡Ya se murió!... ¡Sus lentejuelas de oro se llenaron de sangre!... ¡Los lirios negros de su ataúd se han llenado de nieve!... ¡Que no resucite!... ¡Que no vuelva á besar á Piel de oso! *(Cae desfallecida sobre el taburete de la derecha de la mesa donde están los Marineros 1.° y 2.°)*

NANA.—¡Pobrecilla! ¡Aun vive en ella el recuerdo de su Hugo!

MARINERO 2.°—¡Dale ron, Marta!

MARTA.—*(A Piel de oso.)* ¡Todos los días la misma escena! ¡A patadas tendré que echarte de mi casa!

ZAZÁ.—¡Déjala!

NANÁ.—¡Pobrecilla!

MARINERO 1.°—¡Baila, baila, Piel de oso!

PIEL DE OSO.—*(En un nuevo acceso de demencia, se dirige á Naná.)* ¿Le viste tú?... ¡Aquel era Hugo!... ¡Mi muñeco!... ¡Hugo!... ¡Qué bien le dí!... ¡Qué bien cayó! ¡No, no se ha muerto! ¡He muerto yo por él! *(Cae al suelo desfallecida.)*

MARINERO 2.°—*(Alzándola.)* ¡Bien pesas, cacho de demonio!

MARINERO 1.°—¡Como una barrica de alcohol! *(Los marineros y Piel de oso se sientan á la mesa. Poco á poco van entrando más jugadores y mujeres alegres. Marta anda de mesa en mesa sirviendo bebidas á todo el mundo. Mucha naturalidad para estas escenas de mímica.)*

NANÁ.—*(Muy temerosamente, á Zazá, por Piel de oso.)* Oye, ¿nos veremos nosotras así?

ZAZÁ.—¡Mujer, qué horrible idea!

NANÁ.—Pues no podremos tener nunca el lujo que ella en sus buenos tiempos.

ZAZÁ.—¡Qué diría su rey ahora si la viera!

NANÁ.—¡La verdad es que no se sabe nunca lo que le espera á una!

MARINERO 1.º—*(A Piel de oso.)* ¡Hemos de coronarte con hojas de parra!

NANÁ.—¡De lo que estoy segura es de que nunca sentiré un amor como el de ella por Hugo!

ZAZÁ.—Nada se puede asegurar en este mundo.

NANÁ.—*(Sonriendo tristemente.)* Yo tengo precintado el corazón.

MARINERO 1.º—*(A Piel de oso.)* ¡Y vuelta á Hugo! ¡Déjalo en su caja con sus cuatro cirios y alúmbrate tú! *(Hace ademán de beber.)*

NANÁ.—*(Lenta y sombríamente á Zazá.)* La página más negra de mi vida es el recuerdo de una noche... de una noche... ¡Figúrate!... ¡Un sepulturero!

ZAZÁ.—¿Un sepulturero?

NANÁ.—Sí. Yo lo ignoraba... Me enteré al día sisiguiente... y todavía, ahora, cuando pienso en aquello, siento frío. *(La taberna está llena de gente.)*

ESCENA ULTIMA

DICHOS y TONIO; después JACOBO

TONIO.—*(Entrando por la derecha.)* ¡Bien estamos esta noche! *(Queda apoyado en el mostrador, hablando á Marta.)*

MARINERO 2.º—*(A Piel de oso.)* ¡Si se da bien el naipe, nadas en ron hoy!

ZAZÁ.—Siempre hay animación en esta taberna.

NANÁ.—¿Te acuerdas de cuando veníamos de caza?

ZAZÁ.—¡Cómo cambian los tiempos!

MARTA.—*(A Tonio.)* Veremos cómo lo haces hoy.

TONIO.—¡Vamos á tener un gran sábado! ¿Y Eva?

MARTA.—*(Muy agriamente.)* Se empeñó en salir...

TONIO.—*(Sobresaltado.)* ¿Cómo? Ya sabes que no quiero que á estas horas esté sola en la calle.

MARTA.—Peor que sola salió.

TONIO.—¿Eh? ¿Con quién?

MARTA.—Con Octavio. Con el musiquillo.

TONIO.—¡Ah, vamos! ¡Octavio la quiere bien, mujer! *(Toca una campanilla y se dirige á la mesa de juego, llevando dinero y un paquete de naipes preparados para el bacarrat, que Marta habrá sacado del cajón y puesto sobre el mostrador un momento antes. Al sonido de la campanilla, todos los personajes se acercan á la mesa, y algunos se sientan. Tonio pone el dinero y talla. Marta ha encendido otro cigarro.)*

ZAZÁ.—Ya empieza el juego. *(Van á la mesa de juego Zazá y Naná.)*

JACOBO.—*(Entrando por la derecha. A Marta, que está en el mostrador.)* ¿Harás lo que te dije?

MARTA.—¡En qué aprietos me pones!

JACOBO.—¡Sí! ¡Es cosa muy difícil!

MARTA.—¿Ya gastaste los jornales de Eva?

JACOBO.—No. Aquí los tengo todavía, pero... *(Va á la mesa de juego.)*

TONIO.—¡Hagan juego!

JACOBO.—¡Juego! *(Juega.)*

MARINERO 1.º—¡Carta! *(Hay una pausa breve. Marta sigue en el mostrador. Piel de oso se ha quedado sola en la mesa donde estaba. Todos los demás personajes, apiñados en torno de la mesa de juego, miran ansiosamente las cartas.)*

PIEL DE OSO.—*(Se levanta. Sufre otro acceso de locura. En voz muy baja:)* ¡No me persigas, sombra de Hugo!... ¡Lirios negros cubiertos de nieve!... ¡Le causas miedo á Piel de oso!... *(Avanza un paso, suplicante, como hablando á una sombra.)* ¡Déjame ver la luna... la luna pálida... pálida como tu rostro de cadáver!... *(Gritando roncamente, con supremo terror, y andando de espaldas, hacia el grupo de los jugadores:)* ¡Vete, Hugo, vete!... ¡Huye de mí! *(Se abraza á Ja-*

cobo, que no la ha visto llegar, como para ponerlo por escudo y ampararse con él de una visión que le persigue. Jacobo y los demás tahures se vuelven sorprendidos á Piel de oso, y ven que sufre otra de sus alucinaciones.)

JACOBO Y TRES Ó CUATRO JUGADORES.—*(Riendo brutalmente.)* ¡Ja, ja, ja, ja! *(Cuadro.—Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior

ESCENA PRIMERA

EVA, en el fondo, con OCTAVIO; MARTA, tras el mostrador, hablando con JACOBO; TONIO, sentado á la mesa de juego, tallando á NANÁ, ZAZÁ y dos ó tres JUGADORES. PIEL DE OSO y los MARINEROS 1.° y 2.° beben junto á la mesa número 3

NANÁ.—Carta.

TONIO.—*(Después de una jugada.)* Nada, no estás de suerte. *(Coge el dinero de las posturas.)*

MARINERO 1.°—¡Bravo, bravo, Piel de oso!

MARINERO 2.°—¡Pide á tu antojo, que están llenos los bolsillos!

MARINERO 1.°—¡Viva la baraja!

EVA.—*(A Octavio.)* Sí. Yo te creo. ¡Me hace falta creerte! Pero me río. ¡No he de reirme!

OCTAVIO.—¡Eva de mi alma!

EVA.—¡Qué alegría! ¿No será un sueño tuyo? ¡Que lo sea! ¡Soñaré yo también!

MARTA.—*(A Jacobo.)* No, no tienes enmienda.

JACOBO.—Jugué á ver si ganaba... para que tú no tuvieses que sacar de ese cajón lo que necesito. Si el patrón no me da pescado mañana...

MARINERO 1.°—*(Dando un empellón á Piel de oso, que dormita de bruces sobre la mesa.)* ¡Atiende, bo-

rracha! *(Piel de oso alza un poco la cabeza. El marinero le habla animadamente.)*

NANA.—*(Refiriéndose á una jugada.)* ¡Cosa más célebre!... *(Los jugadores ríen; Tonio cobra.)*

MARTA.—*(A Jacobo.)* Ahora... imposible.

JACOBO.—Siempre es imposible.

MARTA.—Cuando se acabe la partida ajustará Tonio sus cuentas, y si nota la falta...

JACOBO.—¿Y luego?

MARTA.—*(Muy marcado, después de gran vacilación.)* Sí... Lo haré.

OCTAVIO.—*(A Eva.)* ¡Pocas noches tan felices como ésta!

EVA.—Repítelo otra vez.

OCTAVIO.—Al pasear contigo, pensaba que eras mi mujercita, y que cuantos me veían á tu lado me envidiaban.

EVA.—¡Qué tonto!

OCTAVIO.—¿Vas á quererme mucho, Eva?

EVA.—¿Cuántas veces me lo has preguntado en diez minutos?

OCTAVIO.—¡Si creo como mentira que estoy aquí, á tu lado, oyendo que me amas! ¡Si vieses! Estos días pasados, cuando la fiebre del trabajo me postró en el lecho, y allí, triste y abandonado, pensaba en ti, algunas veces... ¡perdóname! dudaba de que me quisieras; pero nada, momentos de delirio, porque en medio de la vaguedad de la calentura veía algo claro, diáfano, purísimo, como una gasa, como una nube que se condensaba, que crecía tomando esos contornos, esas líneas, esa figura encantadora tuya, y se inclinaba sobre mí dulcemente, y me sonreía y me miraba, y salía de la alcoba de puntillas, dejando un beso de luz sobre los secos labios del enfermo.

EVA.—*(Con cariñosa burla.)* ¡Sí! La luz de «tu cielo de España», iluminando tu alma, «llena de nubes negras».

OCTAVIO.—¡Eva! *(Se miran con ternura.)*

PIEL DE OSO.—*(Al Marinero 1.º, señalando á Eva*

y Octavio.) ¡Mira: son el Amor! ¡El Amor! ¡Tú no entiendes de eso!

TONIO.—¡La bandeja, Marta!

JACOBO.—*(A Marta.)* ¡Que vuelvo luego! ¡Que no busques disculpas! *(Vase por la derecha. Marta toma del mostrador una bandeja y se dirige á la mesa de juego.)*

ESCENA II

DICHOS, menos JACOBO

NANÁ.—*(Por el juego.)* ¡Mala noche!

ZAZÁ.—Menos nosotras, todos han ganado. *(Tonio recoge en la bandeja las barajas y el dinero y se va al mostrador, donde recuenta las monedas.)*

OCTAVIO.—*(A Eva.)* Para esta noche te ofrezco una sonata nueva. Estoy seguro de que estaré inspirado, con la alegría que siento.

EVA.—¿Y á qué hora vendrás?

OCTAVIO.—Dentro de un rato. Cuando esta gente no esté aquí. ¡Se reirían de mi música! *(Los jugadores han abandonado su mesa y se retiran á diferentes sitios como ajustando cuentas. Naná y Zazá se han sentado á la primera mesa de la derecha, número 1.)*

TONIO.—*(A Marta.)* ¡No ha resultado lo que yo esperaba! *(Guarda el dinero en un cajón.)* En fin, mientras no se reste... Toma la llave. *(Da la llave del cajón á Marta.)*

MARINERO 1.º—*(Que ha estado hablando animadamente con Piel de oso.)* Ja, ja, ja.

PIEL DE OSO.—*(Siniestramente.)* ¡No te rías!

MARINERO 2.º—¡Bebe ron!

MARINERO 1.º—¡De ese color tenía la sangre tu Hugo!

PIEL DE OSO.—¿La sangre de Hugo?

MARINERO 1.º—Ja, ja, ja. *(Se han ido poco á poco por la derecha las mujeres alegres y los jugadores. Sólo queda uno sentado á la mesa número 2.)*

PIEL DE OSO.—¡No, no estoy borracha! ¡Me acuerdo!... ¡me acuerdo!... ¡Lo veo, lo veo! *(Acercándose á Naná.)* ¿Tú no lo viste? *(A todos, alzando la voz.)* ¿No visteis caer á Hugo? *(Todos los personajes atienden á la borracha con la expresión propia de sus caracteres: Octavio y Eva, con lástima; Marta, con crueldad; Tonio, con indiferencia; Naná y Zazá, sobrecogidas; los Marineros, burlona y brutalmente. Algunos avanzan un poco hacia ella. Piel de oso habla desvariando, con breves pausas, con acento unas veces dulcísimo, otras ronco y feroz. A Naná.)* Mira: era hermoso, era galán, como una rosa de oro. ¡Rubio como el coñac! Yo era malabarista... y él también... Salíamos al tapiz unidos de las manos... *(Llevándose una mano al oído, como escuchando.)* ¡Escucha, oye! *(Tararea dos ó tres compases de música.)* ¡Es la marcha triunfal! *(Tira besos á un público imaginario.)* ¡Saludos!... ¡Besos! ¡Eran besos para él!... ¡No para la gentuza! *(El jugador que estaba sentado á una mesa, se ha levantado y se va por la derecha. Al verlo, Piel de oso se interrumpe y corre á donde está Tonio.)* ¿Pero no ves que se va ese, el ladrón de mis joyas? ¡Míralo cómo escapa!... ¿No eres un hombre? ¡Pídele mis collares, mis pulseras, mis perlas! *(Gritando desde la puerta:)* ¡Ladrón! ¡¡Ladrón!! ¡¡¡Ladrón!!!

MARTA.—¿Callarás, borracha?

PIEL DE OSO.—*(Que ha quedado cerca de Eva y Octavio, coge de un brazo á éste, que sonríe compasivamente.)* Eramos como éstos: como el Amor. ¡Como el Amor!... Hugo era así. *(Avanza un paso con Octavio y lo muestra orgullosamente á todos.)*

MARINEROS, TONIO y MARTA.—Ja, ja, ja.

OCTAVIO.—¡Cálmate, mujer! *(La despega de sí sin violencia.)*

PIEL DE OSO.—*(Como desmemoriada y desvanecida.)* ¿Dónde está Hugo?... Yo lo ponía bajo un dosel de seda... Y cogía mis aceros... Y danzaba... Le arrojaba puñales y puñales... Dibujaba su cuerpo en el

dosel... ¡¡Y mi Hugo sonreía!! *(A Naná, como al principio.)* ¿Oyes? ¡La música; el aplauso!... ¡A saludar, á saludar, Piel de oso! *(Vuelve á tirar besos. De pronto, riendo como una niña que va á enseñar un juego, dice:)* ¡Veréis, veréis! *(Tira del Marinero 1.º, le hace levantarse y le coloca de pie, frente á ella, en el primer término de la derecha. El Marinero ríe estúpidamente y hace violentos esfuerzos para mantenerse rígido, con los brazos colgando.)* ¡Veréis! *(Va haciendo breves movimientos de danza, y al final de cada uno, al decir «¡Sáaa!», hace ademán de arrojarle un puñal de los que tuviera en la palma de la mano, con la punta hacia afuera, para dibujar á Hugo, fiera y entusiasmada, el contorno del cuerpo. Tararea dos compases y baila.)* Tra... la... la... ¡Sáaa!... ¡Uno!... Tra... la... la... ¡Sáaa!... ¡Otro! *(Va repitiendo el juego.)* ¡Otro!... ¡Otro!... ¡Otro!... *(Se detiene repentinamente y dice sin fuerzas, con un hilo de voz:)* ¡Y un día, vacilando, le dí aquí! *(El corazón. Va á desplomarse. Eva la sostiene en sus brazos. El Marinero 1.º vuelve á su mesa riendo sin ruido. Piel de oso solloza, casi sin ruido también.)*

EVA.—¡Calla, calla!

ZAZA.—¡Qué horror!

NANA.—¡Cómo le amaba!

MARINERO 1.º—¡Qué borrachera tiene! *(Riendo.)*

TONIO.—La de siempre.

PIEL DE OSO.—*(Extraviada.)* ¡Qué bien cayó! ¡Qué bien le dí!... Se cerraron sus ojos... Ni me miró, ni ha de mirarme ya. *(Rompe á reir. Después se vuelve á Octavio como si fuese el hombre cuyo recuerdo evoca, y le acaricia con las dos manos la cara. Con infinita ternura.)* ¡Despiértate, Hugo!... Soy yo la muerta... ¡No, no, no!... ¡Tú no has muerto!... ¡Me he muerto yo por ti! *(Queda cogida á los hombros de él, con la cabeza reclinada dulcemente en su pecho.)*

MARINERO 1.º—*(A Octavio.)* ¿No te da asco de que te toque?

OCTAVIO.—No. ¡Pobre mujer!

EVA.—*(A Piel de oso.)* ¡Cálmate, pobrecita!

PIEL DE OSO.—*(Se desase, y en voz muy baja dice mientras va hacia la mesa de los Marineros:)* ¡Me persigue su sombra!... ¡Vete, Hugo, vete! ¡Huye! *(Se sienta.)*

MARINERO 2.º—¡Vaya, hoy nos diviertes!

PIEL DE OSO.—Sí... sí... Dame otra copa... otra copa... otra copa...

MARINERO 1.º—No nos haces reir, con tanto recordar tu danza de la muerte. *(Al Marinero 2.º)* ¿Vamos á ver si están bien amarradas las barcas?

MARINERO 2.º—Vamos. *(Se levantan ambos.)*

TONIO.—*(A los Marineros.)* ¿Vais á la playa? Os acompaño un poco.

MARTA.—*(A Tonio.)* ¿No vuelves?

TONIO.—No. ¿Qué voy á hacer aquí? *(Los Marineros pagan á Marta al pasar junto al mostrador, y se van por la derecha. Tonio los sigue, pero se detiene al pasar junto á Eva y Octavio. Acariciando á Eva.)* ¡Cómo se ve que es víspera de fiesta y que mañana no hay que madrugar!

EVA.—Sí, papaíto.

TONIO.—Espera. Límpiate. Tengo las manos sucias de esa baraja indecente. *(Saca un pañuelo, limpia á Eva la frente y después la besa en ella.)* ¡Ajajá; así, chiquilla! *(Vase.)*

ESCENA III

EVA, MARTA, PIEL DE OSO, NANA, ZAZA, OCTAVIO; á poco, MILES

OCTAVIO.—*(A Eva.)* ¿Te dormirás?

EVA.—No, hombre, no. Oiré la serenata y saldré á la puerta para despedirte.

MARTA.—*(A Piel de oso, mientras recoge el servicio de su mesa.)* ¡Bien se ha bebido! *(Se oye el cascabel de un coche que llega.)*

NANÁ.—Un coche.

ZAZÁ.—El nuestro.

PIEL DE OSO.—*(Muy borracha.)* ¡Qué risa!... ¡Qué risa!

MARTA.—*(Reconociendo á Miles, que aparece tras los cristales de la puerta de la derecha.)* (¡Ya está aquí!)

MILES.—*(Entrando y viendo á Eva y Octavio antes que á nadie.)* (¡Siempre juntos!) *(Va al mostrador.)*

NANÁ.—*(A Zazá.)* ¡No es el nuestro!

ZAZÁ.—Tendremos que irnos á pie.

OCTAVIO.—*(A Eva.)* Ya lo sabes. Dentro de poco volveré. Adiós, gloria mía.

EVA.—Adiós.

OCTAVIO.—*(Por Miles.)* ¡No hables con él!

EVA.—Descuida, hombre. Mira, ahora mismo me voy á mi cuarto. *(Vase Eva por la puerta segunda de la izquierda. Octavio la sigue con la vista hasta que desaparece y luego se marcha él por la derecha.)*

ESCENA IV

PIEL DE OSO, MARTA, NANÁ, ZAZÁ y MILES

PIEL DE OSO.—*(Se ha levantado y va á sentarse con Naná y Zazá.)* ¿Me convidáis, hermosas?... ¿No queréis convidarme?

NANÁ.—No. ¿Por qué bebes, Piel de oso?

PIEL DE OSO.—No importa. ¡Es sangre, es sangre!

ZAZÁ.—¡Mujer, qué disparates se te ocurren! *(Durante toda la escena, habrá mucha animación en el grupo de Piel de oso y las dos cocottes.)*

MILES.—*(A Marta.)* ¡Que no me preocupe! ¿Pero te imaginas que le voy á servir de juguete?

MARTA.—¿Yo?

MILES.—¡Pues te has equivocado, Marta! La adoro, no lo niego, no puedo negarlo; ¡mentiría si lo negase! Pero sabré huir del ridículo y la sabré olvidar.

MARTA.—Ella...

MILES.—Sí, la olvidaré. La olvidaré pasajeramente para esperar el día en que sea ella quien me llame, quien me pida cariño y bondad, que han de negarle vuestros vicios.

MARTA.—No piense usted de esa manera, señor Miles. El amor que tiene á Eva, hace que se alucine y no vea la realidad.

MILES.—¿Es un fantasma acaso ese hombre?

MARTA.—¿Octavio?

MILES.—¿Es un fantasma? ¿No veo la realidad cada vez que entro y los encuentro juntos?

MARTA.—Y usted, banquero todopoderoso, hombre de mundo, rey del oro, ¿puede temer á un rival tan miserable?

MILES.—¡Marta!

MARTA.—¡Ahí es nada Eva! ¡Una princesa, casi una reina! ¿Y va á dudar un semidiós de las aventuras galantes?

MILES.—Ya lo ves, dudo. Dudo de poder llamarla mía. Quizá sea la vez primera que me ocurre.

MARTA.—No cuenta usted conmigo.

MILES.—En otras mujeres he visto temor, ira, ante la idea de entregar su alma á un hombre. Eva, no: ¡es fría, impasible! Me desconcierta y me sorprende.

MARTA.—Ella aún ignora...

MILES.—¿Entonces, tú...

NANÁ.—*(A Piel de oso.)* Ja, ja. ¿Y cómo te enteraste?

PIEL DE OSO.—No te burles.

ZAZÁ.—¡Prometemos una seriedad inmensa!

PIEL DE OSO.—No te burles, que el ron que me emborracha es poco para hacerme olvidar aquella escena.

NANÁ.—¡Cuéntala!... ¡Cuéntala!

PIEL DE OSO.—Estábamos en Viena... Vivíamos juntos en un hotelito lindísimo... *(Figura que sigue contando una historia muy trágica.)*

MARTA.—Estoy segura de que al fin esta noche ten-

drá usted esperanzas. Hace tres ó cuatro horas, cuando usted vino, decidí hablar con ella, y lo cumplo.

MILES.—¿Y no sería mejor que yo le hablase?

MARTA.—No. Sería peor. Lo que ella me responda, lo sabrá usted muy pronto.

MILES.—¿Esta misma noche?

MARTA.—Sí. ¿Dónde podré verle dentro de una hora?

MILES.—En el Casino estaré.

MARTA.—Allí lo iré á buscar.

NANÁ.—*(A Piel de oso, cómicamente.)* ¡Me has metido el corazón en un puño!

ZAZÁ.—Dale datos á un escritor, verás qué drama hace.

NANÁ.—«Piel de oso... ó La estrella del circo imperial.»

ZAZÁ.—*(Levantándose.)* ¡El maldito coche no viene!

MILES.—*(A Marta, alzando la voz, como despidiéndose.)* Ya lo sabes; en el Casino te espero.

MARTA.—Muy pronto estaré allí. *(Piel de oso se ha quedado dormida.)*

NANÁ.—*(Que ha oído las últimas palabras de Miles.)* ¿Nos querría usted hacer un favor?

MILES.—¿Un favor?

NANÁ.—Sí. Esperábamos nuestro carruaje... Hemos oído que va usted al Casino...

MILES.—*(Muy galantemente.)* Ya entiendo. Quieren ustedes que el mío... ¡Con mucho gusto!

NANÁ.—Mil gracias, señor de...

MILES.—Carlos Miles.

NANÁ.—¡Mil gracias, señor Miles!

MILES.—Carlos Miles, banquero, y admirador de mujeres tan hermosas como ustedes. *(Naná y Zazá contestan sonriéndose.)*

ZAZÁ.—¿Qué te debemos, Marta? *(Miles le hace señas de que no cobre.)*

MARTA.—Nada.

ZAZÁ.—*(A Miles.)* Tanta bondad...

MILES.—¿Vamos?

NANÁ.—Cuando usted quiera. *(Miles da sus brazos á Naná y Zazá.)*

ZAZÁ.—Adiós, Piel de oso. *(Piel de oso no contesta.)* ¡Vaya, ya se durmió!... ¡Adiós, Marta!

MARTA.—¡Que no sea esta la última visita!

MILES.—*(Al llegar á la puerta de la derecha, dice á las cocottes:)* ¡Perdón! *(Deja á Naná y Zazá, y vuelve á donde está Marta para decirle:)* ¡Que te espero impaciente!

NANÁ.—*(A Zazá.)* (Me parece que hemos encontrado quien nos desquite de las pérdidas del bacarrat.)

ZAZÁ.—(Eso creo.)

MILES.—*(Dándoles nuevamente los brazos.)* Vamos al Casino. *(Vanse por la derecha Naná, Zazá y Miles. Se oye el cascabel del coche que se aleja.)*

ESCENA V

PIEL DE OSO, MARTA; en seguida EVA

MARTA.—*(Indecisa, después de una pausa grande.)* ¿Por qué vacilo?... ¿Es que huyo de la felicidad?... ¡No!... ¡No! *(Acercándose á la segunda derecha y hablando al paño.)* ¡Eva... Eva, ven! *(Se dirige á la mesa que ocupa Piel de oso, y viendo que ésta, rendida por el alcohol, se ha dormido, se encoge de hombros, como expresando que no habrá testigos de la conversación que va á sostener con Eva.)*

EVA.—*(Saliendo por la segunda derecha.)* ¿Qué quieres?

MARTA.—Ven... Tengo que hablarte.

EVA.—¿Es mucho lo que me tienes que decir?

MARTA.—¿Por qué me lo preguntas?

EVA.—Le tenía encendida una vela á la Virgen, como todas las noches cuando rezo. Espera, voy á

apagarla. Si me has de entretener... *(Como Marta no contesta, Eva se decide y se va por donde entró.)*

MARTA. — ¿Por qué tiemblo, Dios mío? *(Breve pausa.)*

EVA.—*(Saliendo nuevamente. Con mucho cariño.)* Ea, ya está. Vamos á ver... No me riñes, ¿verdad?

MARTA.—(No sé cómo empezar.)

EVA.—¿Qué es ello?... ¿No contestas? Nada, nada; yo te pido pérdón, y tú, que eres muy buena, me perdonas y en paz.

MARTA.—¿Qué dices?

EVA.—Sí, vas á regañarme porque salí con Octavio... Yo no tuve la culpa... Fué él... Ya viste... ¡Si tiene unas cosas!... Pero es bueno... ¡Octavio es bueno!

MARTA.—(¡Me falta valor!)

EVA.—Conque ¿me vas á reñir? No. Voy á contarte lo que hicimos. *(Marta apenas pone atención.)* Pasamos por el Palacio Azul y nos detuvimos para escuchar la orquesta. Octavio me dijo que tocaban un trozo de «Lohengrin». ¡Y con cuánta atención lo oía! Cuando acabaron, palmoteó entusiasmado, exclamando: «¡Qué admirable obra! ¡No me importaría morir al acabar de escribir una página como esa!» ¡Sus locuras!

MARTA.—¡Si no te he llamado para reñirte!

EVA.—¿No? ¡Oh, mi madrecita! Mira: aunque no lo seas, me gusta á mí llamarte «madrecita». ¡Mi madrecita, qué buena es! *(Pausa.)* También estuvimos en el teatro de polichinelas. ¡Cómo me reí viendo la nueva pantomima!

MARTA.—¡Calla, calla! ¡Oyeme!... Oye lo que te voy á decir.

EVA.—Ya callo... Pero yo también quería... quería hablarte... Necesito un consejo.

MARTA.—¿Un consejo?

EVA.—Un consejo. Pero tengo temor de contarte... ¿Y por qué? ¿Por qué he de tener temor?

MARTA.—¡Acaba! ¿De qué se trata?

EVA.—De Octavio y de mí. Sí; te lo digo, te lo digo. Es que... que... Octavio... Octavio me ha pedido relaciones... *(Con mucha ansiedad.)* ¿Qué?... ¿Qué?

MARTA.—¿Octavio?... ¿Octavio?... ¿Y tú? ¿Tú?...

EVA.—¡Yo... no puedo negarlo! ¡Le quiero!

MARTA.—¿Qué dices?

EVA.—Sí, Marta, sí. Le quiero.

MARTA.—¡Oh, no! ¡No puede ser! ¡Tú no puedes tener relaciones con Octavio!

EVA.—¿Que no puedo tener relaciones?

MARTA.—No. Para eso te he llamado. De eso voy á hablarte. De tu felicidad, de nuestro porvenir.

EVA.—¿Pero él no puede hacer mi felicidad?

MARTA.—¿El? Escúchame, Eva, escúchame. *(Pausa. No sabe qué decir.)* No sé si el tiempo que has estado en el colegio te ha servido para bien ó para mal.

EVA.—No entiendo.

MARTA.—Con las monjas estuviste cinco años, y desde que volviste á nuestro lado, parecía que te repugnaba esto. ¡Una taberna! ¡Vivir entre borrachos y jugadores!

EVA.—(¡Esto, aún me repugna!)

MARTA.—Y tú, una mujer bien educada, una señorita... Y no era esto lo peor, sino que no podrías encontrar un hombre de tu clase para unirte á él.

EVA.—Eso...

MARTA.—*(Interrumpiéndola.)* Lo veía yo muy claro. Tus gustos no se avenían con tu pobreza. Tus pensamientos...

EVA.—Ese temor ha desaparecido. Octavio es un artista. Pobre, sí; pero su educación no desmerece de la mía.

MARTA.—¿Y tú no aspiras más que á eso? ¿A un miserable violinista?

EVA.—¿A qué puede aspirar una bordadora; una mujer que ha nacido... *(Con voz velada por la vergüenza)* en un garito?

MARTA.—¿A qué? ¡¡A un trono!!

EVA.—*(Sonriendo tristemente.)* ¡Por la Virgen, madrecita!

MARTA.—Míranos á tu padre y á mí, que nos hemos esforzado por educarte con lujo, para que fueses mañana nuestro sostén; míranos ya tocando en la vejez. y, á pesar de eso, no pienses más que en hacer caso á un pobre para unir tus miserias con las nuestras!

EVA.—*(Siempre inocentemente, sin acabar de comprender.)* ¿Y qué puedo yo hacer?

MARTA.—¿Que qué puedes hacer?

EVA.—*(Como expresando un fatal presentimiento.)* (¡Oh, qué horrible sospecha! ¿Será cierto lo que pensaba Octavio?)

MARTA.—¿Qué te pasa?

EVA.—Pero, ¿serías capaz?

MARTA.—¿Capaz?

EVA.—Sí. ¿Lo serías?

MARTA.—¿Capaz de qué?

EVA.—¡Octavio me lo ha dicho! ¡Es una mentira! ¡Tú eres como mi madre, tú debes ser como ella! ¡Tú me quieres mucho! ¿Verdad que me quieres mucho?... ¡No puedes pensar eso!

MARTA.—¿Octavio? ¿Una mentira?

EVA.—¡Venderme! ¡Qué monstruosidad! ¡Cómo habías de venderme!

MARTA.—¡Ese... Octavio es un miserable!

EVA.—¡Oh, no! ¡Te engañas! ¡Octavio es bueno! ¡Muy bueno!

MARTA.—¿Te ha dicho que quería venderte yo?

EVA.—El...

MARTA.—Lo que deseo es tu dicha... tu alegría. Mira, Eva, óyeme, escucha... El señor Miles... quiere... quiere que tú... tú...

EVA.—*(Ansiosa y resuelta.)* ¿Qué? ¡Dilo! ¿Qué? ¡Acaba!

MARTA.—Que tú...

EVA.—¡Oh, luego es verdad! El señor Miles quiere... Marta...: quiere... ¡Te falta valor para decirlo! *(Con*

mucha alma.) El señor Miles quiere que yo sea su... su... su... su querida, ¿no es eso? Una más. Otra, otra. *(Marta no responde é inclina la cabeza.)* ¿Y tú... eres la encargada de proponérmelo? ¿Tú? ¿Tú? ¡La que debía escudar mi cuerpo! ¿La que debía fortalecer mi alma?... ¡Señor, qué horrible infamia!

MARTA.—¡Hija! ¡Eva!

EVA.—¡Pues no! ¡No me prestaré á esa venta!

MARTA.—*(Excitada.)* ¡Tú oirás mis consejos!

EVA.—¡Madre! ¡Si yo te quiero llamar madre! ¡Madrecita mía!

MARTA.—Los oirás, porque yo sólo quiero tu bien.

EVA.—¿Y mi bien es ser... ¡me da asco la palabra! ser la querida de ese hombre?

MARTA.—¿Vas á ser más feliz con ese musiquillo?

EVA.—¿Con... Oc... ta... vio? *(Una inmensa angustia se apodera de ella; cae sobre una silla y rompe á llorar con toda su alma.)*

MARTA.—¡Vamos, hija, no llores! Piénsalo. Te aconsejo tu felicidad. ¡Tendrás lujo! ¡¡Serás poco menos que una reina!! *(Eva se levanta violentamente y se dirige hacia su cuarto.)* ¿Adónde vas, Eva?... ¿Adónde vas, hijita?

EVA.—*(Llorando.)* ¡Con mi Virgen! ¡A llorar y á rezarle! *(Vase segunda izquierda. Sale Jacobo por la derecha.)*

MARTA.—¡Escucha, oye, escucha! *(Se detiene en el centro de la escena.)* ¡Ese maldito Octavio!

ESCENA VI

PIEL DE OSO, MARTA y JACOBO

JACOBO.—*(Siseando.)* ¡Pssh! ¡Pssh! *(Marta lo ve y avanza con gran azoramiento hacia él.)* Ya me tienes aquí... He estado acechando á que no hubiera nadie... ¿Me vas á dar lo prometido? *(Marta no le atiende. Sus miradas están fijas en la puerta de Eva.)* Pero...

¿qué te pasa? ¿Tiemblas?... ¿Es que te arrepientes de haberme ofrecido?...

MARTA.—No, Jacobo, no es eso.

JACOBO.—¿Entonces?

MARTA.—*(Como hablando consigo misma.)* ¡Y el señor Miles que estará en el Casino!...

JACOBO.—Vamos, ¿qué te sucede?

MARTA.—Espera. Voy á... *(Vase por la segunda izquierda.)*

ESCENA VII

PIEL DE OSO y JACOBO

JACOBO.—No comprendo... *(Se aproxima á la puerta de Eva y escucha.)* Habla con su hija... *(Pausa.)* ¡Ah, será de... *(Acercándose á Piel de oso.)* ¡Piel de oso! ¡Piel de oso! ¡Duerme como una marmota! ¡Piel de oso!

PIEL DE OSO.—*(Sin alzar la cabeza.)* ¿Eh?

JACOBO.—¡Piel de oso, despierta!

PIEL DE OSO.—¿Vais á convidarme?

JACOBO.—¡Hum! ¿Despertarás?

PIEL DE OSO.—*(Reconociendo á Jacobo, horrorizada, se levanta. Jacobo queda en medio de la escena.)* ¡Oh, Jacobo! ¿Me vas á echar?

JACOBO.—¡Yo!

PIEL DE OSO.—Sí. Me has despertado para eso, ¿verdad?

JACOBO.—¡Maldito estorbo!

PIEL DE OSO.—No es la primera vez. ¡Y con el sueño que tengo!... *(Pausa breve. Con voz cavernosa.)* ¡Tú y Marta!... *(Junta y separa los dedos índices de ambas manos, metiéndoselos á Jacobo por los ojos.)*

JACOBO.—¡Calla, loba!

PIEL DE OSO.—Dormiré en un rincón. Podéis estar tranquilos.

JACOBO.—¡Calla!

PIEL DE OSO.—¡No me eches á la calle!

JACOBO.—¿Que no te eche?

PIEL DE OSO.—¡Ninguna noche dejas que me quede! ¡Yo no diré nada!

JACOBO.—¡Acabarás con mi paciencia! ¡Vete, Piel de oso!

PIEL DE OSO.—*(Implorante.)* ¡Jacobo!

JACOBO.—¡Vete, ó te echo á puntapiés. *(Alza el puño sobre ella.)*

PIEL DE OSO.—*(Huyendo hacia el biombo.)* ¡No, no me pegues hoy!

JACOBO.—¡Pues vete!

PIEL DE OSO.—*(Pausa. Mirando con ojos tristes y espantados á Jacobo, que le señala la salida.)* ¿No te da lástima de Piel de oso?

JACOBO.—¡A la calle!

PIEL DE OSO.—*(Desvariando con una gran exaltación.)* ¿A la calle?... ¿Que me vaya á la calle?... ¡Ca! ¡No me voy! *(Corriendo á la puerta de la calle y gritando:)* ¡Mi rey! ¡Mi rey! ¡Venga mi rey! ¡Las tropas! ¡Matad á ese!... ¡Matadlo!... ¡No vienen!... *(Jacobo suelta la carcajada.)* ¿Y te ríes?... ¡Hugo!... ¿No oyes, no oyes? ¡Todos se ríen de mí! *(Vase sollozando.)*

ESCENA VIII

MARTA y JACOBO

MARTA.—*(Saliendo por la segunda puerta de la izquierda.)* (¡Imposible!)

JACOBO.—Marta, ¿qué te pasa?

MARTA.—(¡El maldito Octavio!)

JACOBO.—¿Qué tienes? ¿Qué te sucede? ¿Se ha puesto mala tu hija? La vi aquí... *(Transición muy brusca.)* ¡Oh, es una comedia! ¡Una comedia para negarme lo ofrecido!

MARTA.—No, no es nada de eso.

JACOBO.—¿Entonces?

MARTA.—Es que Eva no quiere... ¡Y tendré que ir al Casino!

JACOBO.—¿Qué hablas? ¡Pareces una loca!

MARTA.—Que el señor Miles me espera creyendo que le voy á llevar una buena noticia, y la que he de llevarle...

JACOBO.—¿Una buena noticia?

MARTA.—Sí. Esta noche he hablado con él. Le hice confiar en que Eva al fin se ablandaría, y ella...

JACOBO.—¿Qué?

MARTA.—Ella, inocente, se ha dejado fascinar por Octavio.

JACOBO.—¿Por el violinista?

MARTA.—Y no hace caso de mis súplicas. Me ha llamado infame.

JACOBO.—¡Oblígala á que te obedezca!

MARTA.—No puede ser. Le temo á Tonio, y á la ley, que la ampara.

JACOBO.—¿Tonio? ¡Bah! Tonio, si tú tienes habilidad, no lo sabrá hasta que tú quieras. Y entonces, ve la suerte que se le entra por las puertas, pesa el cariño de esa muñequilla, pesa los dineritos que hay en perspectiva, y, vamos, Tonio... ¡Tonio te da las gracias, mujer!

MARTA.—Pero, ¿y las leyes? ¿Y las leyes?

JACOBO.—¿Y crees que Eva sería capaz de ir á quejarse á un juez?

MARTA.—Ese músico la tiene alucinada.

JACOBO.—¿Y si el señor Miles le ofreciera á Octavio... *(Señal de dinero.)*

MARTA.—¡Dios le libre!

JACOBO.—¿Crees tú?

MARTA.—¡Oh, no se vendería! ¡La quiere ciegamente! ¡Tú no conoces á ese muchacho!

JACOBO.—Pues... ¡tú verás lo que haces!

MARTA.—Eso es lo que no sé. El señor Miles me aguarda...

JACOBO.—¿Y vas á ir?

MARTA.—¡Claro! A quitarle todas sus esperanzas.

JACOBO.—*(Siniestramente, volviendo á su tema.)* Bueno; pero si vas... antes...

MARTA.—¿Qué?

JACOBO.—Es menester... *(Notando temor en Marta.)* ¿Eh? ¡Cómo! ¿Te has arrepentido?

MARTA.—*(Suplicante y medrosa.)* ¡Jacobo!

JACOBO.—¡No me equivocaba! ¡Bien has fraguado esta comedia!

MARTA.—No es comedia, no; pero temo...

JACOBO.—¡Pues será una treta inútil!

MARTA.—¡Calla, no alces la voz!

JACOBO.—¡Me tienes que cumplir tu ofrecimiento!

MARTA.—Tonio mañana...

JACOBO.—Todo me importa poco. Ya te dije que no te valdrían disculpas.

MARTA.—Yo esperaba que el señor Miles me diese...

JACOBO.—No quiero oir nada. ¡¡El dinero!!

ESCENA IX

DICHOS y EVA

EVA.—*(Aparece en la puerta segunda de la derecha para salir á escena, y al ver á Marta y Jacobo, se queda oculta tras el biombo para escuchar lo que hablan.)* (¡Jacobo con ella!)

JACOBO.—¡Cuántos miramientos con Tonio! ¿Pero es que yo te importo menos que él?

MARTA.—No. ¡Yo no quiero á nadie más que á ti, Jacobo!

EVA.—(¿Qué infamia es ésta?)

JACOBO.—Conque...: ¡menos miedo, y en un momento!...

MARTA.—Espera, espera.

JACOBO.—¡Vamos, dame la llave! *(La coge de las muñecas y va arrastrándola, cada vez más violentamente, hacia el mostrador.*

EVA.—(¿Qué irán á hacer?)

MARTA.—¡Jacobo!

JACOBO.—Mañana, si puedo, te devuelvo el dinero.

MARTA.—Siempre dices lo mismo, y después...

JACOBO.—El caso es que nunca te ha ocurrido nada.

MARTA.—¿Y las fatigas que he pasado para buscar lo que cogí por ti? Hoy no me queda ni el recurso del señor Miles.

JACOBO.—Yo podía ser tú, que Eva...

EVA.—(¡Cuánta maldad, Dios mío!)

JACOBO.—¡Ea! ¿Acabarás de una vez? *(Marta no acaba de decidirse y Jacobo forcejea más. Eva observa atentamente.)* ¡No temas nada!... ¡Vamos!... ¡Que puede venir Tonio! *(Marta saca una llave, Jacobo se la arrebata y abre con ella precipitadamente el cajón del mostrador.)*

MARTA.—¡Al fin!

JACOBO.—*(Sacando varias monedas. Rapidísimamente.)* Una... dos... tres... siete...

EVA.—*(Yéndose por la izquierda.)* (¡Qué vergüenza!)

MARTA.—*(A Jacobo.)* ¡Basta!

JACOBO.—¡Dos más! *(Las coge. Marta cierra el cajón y se guarda la llave, y Jacobo se dirige, seguido de ella, á la mesa de juego para contar el dinero.)*

MARTA.—¡Siempre triunfas de mí! *(Larga pausa.)* *(Por la puerta de la derecha aparece Goliat, que alza las manos como para tocar las palmas. Como en aquel lado de la taberna no hay nadie, da unos pasos, ve á Marta y Jacobo y se sienta en silencio á la mesa número 3, que está al lado del biombo.)*

JACOBO.—¡Qué buena eres, Marta!

ESCENA X

MARTA, JACOBO, GOLIAT; después EVA

MARTA.—¡Y algunas veces, dudas!

JACOBO.—Yo no dudo nunca del cariño tuyo. Pero debía dudar. Ahora mismo tienes miedo. ¿A qué temes? ¿A Tonio? ¿Te va á matar? ¿No estoy yo para tí por encima del mundo entero? ¿Imaginas que yo podré olvidar estos sacrificios?

MARTA.—*(Apasionadamente.)* ¡Oh, háblame así, Jacobo! ¿Me querrás siempre?

JACOBO.—¡Siempre!

(Goliat da dos palmadas. Marta y Jacobo se vuelven azorados.)

MARTA.—*(Con ira.)* ¿Qué haces tú aquí?

JACOBO.—(¡Estaba escuchándonos!)

MARTA.—¿Qué vienes á buscar? ¿Es tu casa ésta?

GOLIAT.—Mi casa, no. Mi casa es un poco más grande: la vía pública. ¡Si puede ser hasta que me procesen por venir á estorbar! ¡La gente honrada, como tú y como ese, es respetable!

JACOBO.—¿Y tú, qué eres?

GOLIAT.—*(Con mucha naturalidad, levantándose.)* ¿Yo? Yo soy una bestia; pero noble y fuerte. ¿Y tú, eres un hombre? ¡Quiá! Tú eres un sapo.

JACOBO.—¡Goliat!

MARTA.—¡Miserable!

GOLIAT.—¿Pues y ésta? Bueno, á ésta no hay que clasificarla. Hacemos un buen grupo: «El paquidermo, el sapo y... y otro bicho. Fábula.»

JACOBO.—¡No sé cómo me aguanto!

MARTA.—Bien, pero ¿qué quieres? ¿Es que traes dinero? ¿Vas á tomar algo?

GOLIAT.—Te diré: el señor Miles es un canalla; bueno. Yo antes tuve el honor de demostrarle que era un canalla; bueno. El señor Miles me pagó dos copas, y me tomé sólo una porque me indigné. ¡Malo! ¡Muy

malo! ¡De lo peor! Porque una cosa es indignarse con uno, y otra no beberse una copa si se la pagan á uno.. *(A Jacobo.)* ¿No estás de acuerdo?

(Eva aparece en la puerta segunda de la izquierda, y sale de puntillas, con temor de hacer ruido, amparándose en el biombo.)

EVA.—*(Rapidísimamente.)* (¡No lo pienso más! ¡Con Octavio! ¡Con él para siempre! ¡Aquí lo temo todo!)

GOLIAT.—*(A Jacobo.)* ¿No te parece?

JACOBO.—*(A Marta.)* Dásela y que se vaya.

MARTA.—¿Cuándo no volverá? *(Se dirige al mostrador.)*

GOLIAT.—*(A Jacobo, yendo detrás de Marta.)* ¡Si ésta es muy razonable!

MARTA.—*(Sorprendiendo á Eva cerca de la puerta de la calle.)* ¡Eva!

EVA.—¿Eh? *(Confusa.)*

GOLIAT.—(¿Qué es esto?)

MARTA.—¿A dónde vas?

EVA.—*(Turbadísima.)* ¡Yo!...

MARTA.—Sí. ¿A dónde ibas?

EVA.—Pues iba...

GOLIAT.—*(Bruscamente á Marta.)* Tráeme mi copa. ¡Aprisa!

MARTA.—Espera.

GOLIAT.—*(Bestialmente.)* ¡Tráeme la copa, digo! *(Marta, atemorizada, va al mostrador á llenarla. Goliat dice aparte á Eva muy rápidamente:)* (¿A dónde ibas, Eva?)

EVA.—(¡Con Octavio... con él!... ¡Sálveme usted!)

GOLIAT.—*(A Marta, que le sirve la copa.)* No, si no tengo prisa por bebérmela.

MARTA.—¿Por qué salías? ¿A quién esperabas?

EVA.—*(Muy turbada.)* Esperaba á... á... á Octavio.

GOLIAT.—(¡La soltó!)

MARTA.—¿A Octavio?

GOLIAT.—*(Con una inspiración repentina, para remediar el efecto de las palabras de Eva.)* No... ¡Si

era á despedirlo!... ¡Si me lo ha dicho ella! ¡Si debe hacerle caso al señor Miles!

EVA.—*(Asombrada.)* ¡Yo!...

MARTA.—¡No; tú mientes; mientes!

GOLIAT.—¡No! ¡Se venderá! ¡No! ¡No le quiere! ¡No verá más á Octavio! ¡No piensa más en él!... *(Se escuchan en la calle tres ó cuatro compases fuertes de violín.)*

EVA.—¡Ah! ¡Es él! ¡Con él! ¡¡Octavio!! *(Se precipita corriendo á la puerta y escapa. Marta va á ir tras ella, y Goliat, rapidísimamente, la sujeta de un brazo.)*

ESCENA ULTIMA

GOLIAT, MARTA y JACOBO

MARTA.—¡Oh!... ¡Se va! ¡Huye!... ¡Jacobo, sal! ¡Deténlos!

GOLIAT.—*(Amenazador, á Marta.)* ¿A dónde vas? *(Más fiero, y cogiendo un frasco de ginebra. A Jacobo, que va hacia la puerta.)* ¡Como te muevas!... *(Levanta el frasco, amenazándole. Luego, tranquilamente, dice:)* ¡Mucho sentiría desperdiciar el líquido, pero te rompo el frasco en la cabeza!

JACOBO.—*(Con odio y cobardía. Sin moverse.)* ¡Goliat!

GOLIAT.—*(Siempre muy tranquilo.)* Sin tonterías. Ya sabes que te puedo.

JACOBO.—¡Déjame salir!

MARTA.—¡Déjalo!

GOLIAT.—¿Que lo deje? *(Se sienta en una silla entre ellos y la puerta de salida.)* ¡Anda, sal! ¡Sal si quieres!

MARTA.—*(Airada.)* Pero, tú...

GOLIAT.—*(A Marta, por el frasco.)* Te advierto que no se dispara; pero lastima, ¿eh?

JACOBO.—¡Si no fueras más fuerte que yo!

GOLIAT.—Pues por eso... Siéntate.

JACOBO.—*(Avanzando dos pasos hacia él.)* Pero...

GOLIAT.—*(Con fiereza.)* ¡Que te sientes! *(Le da un solo y tremendo zarpazo en un hombro, le hace caer vencido sobre un taburete y queda con el brazo alzado sobre su cabeza, blandiendo el frasco de ginebra.—Cuadro.—Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. El biombo está doblado y apoyado en el ángulo izquierdo del foro. La mesa de juego y las dos mesas del centro (números 2 y 3), un poco arrimadas á la izquierda, para que quede libre la mayor parte posible de la derecha de la escena

ESCENA PRIMERA

MARTA y JACOBO. Están sentados ante dos mesas distintas y cercanas. Ella tiene una actitud de inmenso desaliento: él, su gesto de dureza habitual

MARTA.—Va á amanecer. ¡Qué horrible noche!

JACOBO.—Sí, viene el día. Yo me voy á marchar.

MARTA.—¡No, Jacobo, por Dios, no me dejes! ¡Tengo miedo, Jacobo!... ¿Te acechará Goliat?

JACOBO.—*(Asomándose á la puerta y escrutando la calle.* No. Ya se ha cansado. ¡Ese Goliat! *(Sonriendo sombríamente.)* ¡Ese Goliat! ¡Ya me reiré yo de él! ¡Cuatro horas me ha tenido clavado en ese asiento: ya lo clavaré yo á él!... ¡Contra la fuerza está la astucia, Marta!

MARTA.—*(Tomando repentinamente una actitud de ruego.)* ¡Oye...: pues si no está Goliat, sal, Jacobo; anda, busca á Eva!... ¡Anda, Jacobo!... ¡Yo no puedo dejar la taberna!

JACOBO.—¡Qué cosas quieres que haga! ¡Sólo me buscas compromisos!

MARTA.—No. El señor Miles estará en el Casino.

Lo puede todo. Si se lo contáramos, él hablaría á la policía... Vendría aquí Eva... la amenazaríamos... no sabría nada Tonio. Tú le hablarías á Octavio...

JACOBO.—Ese sí, no me importa. *(Cambiando de tono, afectando cariño.)* Pero, oye, Marta. Si hasta... creo yo que todo esto que ha ocurrido nos conviene.

MARTA.—¿Qué dices?

JACOBO.—¡Claro! Tonio se enterará... querrá hacer una estupidez... Pero más tarde... Ya lo verás: ¡si es condición humana! Eva se cansará de amor y de operetas. Vale un imperio, y lo querrá tener. Un día dirá de pronto «pecho al agua», mirará al porvenir, y... ya verás, ya verás á ella y á Miles reir de ese musiquillo.

MARTA.—¡No, Jacobo, no! Yo he tenido la culpa, y yo lo pago. ¡Tonio me va á matar!

JACOBO.—*(Riendo.)* ¡Vamos, calla! ¡Me parece que veo ya esta taberna... la taberna más pobre de la playa, convertida en lujosísimo café de la Gran Avenida por obra y gracia de los billetes del banquero!... ¿Y todavía imaginas que le pese a Tonio?

MARTA.—*(Con un escalofrío de terror.)* ¡Oh! ¡Si al volver, ve que no está su hija!...

JACOBO.—¿Y él qué sabe? Supondrá que duerme.

MARTA.—Pero ¿y mañana? *(Vuelve al tono de súplica.)* ¡Por piedad, ve al Casino! ¡Pídele al señor Miles que haga que la busquen!

JACOBO.—Bueno, cuando amanezca. Espera unos minutos. Me temo que ese canalla de Goliat ande escondido... Espera, espera. ¡Pronto va á cambiar todo! ¡Eva nos estorbaba, nos miraba con prevención! Ahora sólo tendremos que evitar las sorpresas de Tonio... ¿Y quién sabe? ¡Yo por ti sería capaz de...

MARTA.—¡Calla! *(Entra Tonio por la puerta de la derecha.)*

ESCENA II

DICHOS y TONIO

TONIO.—(*A Jacobo.* ¿Todavía por aquí?

MARTA.—Acaba de llegar.

JACOBO.—Sí. Hoy me he dado un madrugón. Tengo que recoger la mercancía temprano.

MARTA.—Antes de ir al mercado, viene siempre.

JACOBO.—No quiero que me amanezca sin coñac en el cuerpo. Ya me tomé mi copa, y ya me voy. (*Se levanta.*)

TONIO.—Si quieres beber una conmigo...

JACOBO.—Bueno. (*Vuelve á sentarse.*)

TONIO.—Ya lo oyes, Marta.

MARTA.—Yo os acompañaré. (*Llena tres copas, y beben. A Tonio.*) ¡Pronto vuelves hoy!

TONIO.—Sí. El maldito estómago... No acabo de curarme.

JACOBO.—Son aprensiones tuyas.

TONIO.—No; que ahora me duele de firme.

JACOBO.—¡Buena sesión la de hoy!

TONIO.—¡Quiá! No hay partida. Ha sido un sábado muy flojo. Todos han ganado.

JACOBO.—¿Todos?

TONIO.—Casi. ¡Viene aquí cada sabio!... (*Pausa.*)

JACOBO.—Ahora me toca convidar á mí. (*A Marta.*) Danos coñac. (*Marta les sirve.*)

TONIO.—Beberemos, y tú á vender pescado, y yo allá adentro, á echarme un rato, á ver si así me alivio. (*Han bebido y Jacobo paga el gasto á Marta.*)

JACOBO.—¡Ea, pues hasta mañana!

TONIO.—Adiós, Jacobo.

JACOBO.—¡A descansar!

TONIO.—¡A vender mucho!

(*Jacobo va hacia la puerta de la derecha. Marta le acompaña y le habla viva y angustiosamente.*)

MARTA.—(¿Vas á ir al Casino?)

JACOBO.—*(De mala gana.)* ¡Sí!... Iré... *(Aparte.)* (¡Cualquier día!) *(Vase.)*

ESCENA III

MARTA y TONIO

TONIO.—Oye, dame un poco de agua, y trae las píldoras. Voy á tomarme una, á ver si se me pasa esto.

MARTA.—*(Dándole el agua.)* ¿Y dónde están las píldoras?

TONIO.—Ahí, ¿no lo sabes? Ahí, en el cajón del dinero.

MARTA.—*(Sobresaltada.)* (¡Dios mío!) ¿En el cajón?... Me parece que ayer te las llevaste á tu cuarto... Estarán allá adentro.

TONIO.—No, mujer, volví á ponerlas ahí. Trae la llave.

MARTA.—*(Azoradísima.* ¿La llave?... (¡Va á notar el robo!) *(Buscándose en los bolsillos.)* Espera... Es cosa rara... Creo que la guardé aquí... No está...

TONIO.—¿Qué te pasa?... Estás tonta... Se te habrá caído.

MARTA.—*(Buscando por el suelo.)* No... No parece. ¡Pásate sin la píldora, hombre! Ya la buscaré bien.

TONIO.—El caso es que la puede haber cogido alguien.

MARTA.—No. Nadie.

TONIO.—¿Qué sabes tú?

MARTA.—¿Quién había de cogerla?

TONIO.—Y está ahí el dinero... y algunos de los que entran...

MARTA.—¡Bah!... Estate tranquilo, que ya parecerá.

TONIO.—Pueden llevarse...

MARTA.—¿Y no estoy yo en el mostrador acaso? *(Deja de buscar.)* Pues no sé, no sé.

TONIO.—¡Es que no se me alivia!... A ver si has entrado por ahí para algo, y la dejaste en cualquier parte. ¿La habrá visto Eva?

MARTA.—*(Muy vivamente.)* ¡No! ¡Eva, no!... ¿Cómo?... Eva se acostó en seguida... Cuando te fuiste...

TONIO.—Puede ser que te viera ponerla en algún sitio. Voy á preguntarle. *(Va hacia la segunda puerta de la izquierda.)*

MARTA.—*(Yendo presurosa tras él.)* No. ¿Para qué?... Yo no me he movido de aquí... ¿Eva, qué va á saber?

TONIO.—*(Después de una gran vacilación, durante la cual Marta se muestra agitadísima.)* Es verdad. ¡Y rendida de sueño que estará! Pobrecilla; ¿quién la despierta ahora?... ¡Que se me quite el dolor solo!... ¿Qué tienes, mujer?... No te azores, déjalo. *(Yendo hacia la primera puerta de la izquierda.)* Pero, búscala bien, ¿eh?... Si parece, me entras la medicina. *(Vase. Pausa.)*

MARTA.—¡Vete, vete!... ¡Nunca sentí terror igual!... ¡Imbécil!... ¿Habrá ido Jacobo?...

TONIO.—*(Desde muy adentro, con voz muy lejana.)* ¡Marta! *(Pausa. Marta, abstraída, no oye. La voz vuelve á escucharse muy confusamente.)* ¡Marta!

MARTA.—*(Acercándose á la primera puerta de la izquierda.)* ¿Qué? *(Tonio dice algo que no se entiende.)* No te oigo desde aquí. Espera. *(Entra y dice:)* ¿Qué? *(Pausa, como si dentro hablaran á gritos.)* Bueno. *(Vuelve á salir á escena.)*

ESCENA IV

MARTA y los ZÍNGAROS 1.° y 2.° que entran por la derecha. Los dos traen cajas de violín

ZÍNGARO 1.°—¡Hola!... ¡Qué solo está esto! Danos whisky. *(Se sientan en la mesa número 3.)*

MARTA.—*(Disimulando su agitación.)* Sí, está solo. ¿Venís del Casino?

ZÍNGARO 2.°—De allí venimos.

MARTA.—Temprano habéis concluído de tocar esta noche. ¿Queda allí mucha gente?

ZÍNGARO 1.°—No hay casi nadie: alguien jugando...

ZÍNGARO 2.°—Y la reunión del señor Miles.

ZÍNGARO 1.°—Bueno, eso es lo diario.

MARTA.—(¡Si aún se pudiera!) *(Va al mostrador por el servicio y habla desde allí.)* ¿No os ha llamado hoy para tocar el señor Miles?

ZÍNGARO 1.°—No. Hoy están él y sus amigos en un gabinete con dos ó tres cocottes... ó artistas... no sé quiénes. ¡Tipo más raro! Esta noche parecía de mal humor, chiflado, no sé cómo. Yo le vi que él mismo salió á llamar á un camarero á voces y que gritó: «¡Champagne! ¡Vamos á ahogar las penas con champagne!»

ZÍNGARO 2.°—Y yo vi á dos mozos que les llevaban dos «corbeilles» llenas de botellas.

ZÍNGARO 1.°—¡Eso sí que es tirar el dinero! ¡Qué voces! ¡Qué ruido!

MARTA.—*(Que ha ido oyendo lo anterior con creciente sorpresa.)* (¿Pero no me aguardaba? ¡Dios mío, no va a recibir á Jacobo!) *(Se oye una bocina de automóvil. Marta se asoma á la puerta.)* (¡El! ¡Me he salvado!)

ESCENA V

MARTA, los dos ZÍNGAROS.—MILES, que entra por la derecha llevando de los brazos á NANÁ y ZAZÁ

(Llegan con grandísima algazara y trascienden á la legua al champagne que han bebido. Marta se queda atónita al ver el grupo. Naná y Zazá ríen durante toda la escena y la comentan entre sí.)

MILES.—Adentro, hermosas mías, adentro, para que nos vean bien.

MARTA.—*(En voz baja á Miles, acercándose ansiosamente á él:)* ¡Señor Miles!

ZAZÁ.—¡Viva el dios del oro!

NANÁ.—¿Cómo el dios? ¡El diablillo! ¡Un diablillo con bigotes y monocle!

MILES.—¡Coñac para estas dos huríes!

MARTA.—¡Señor Miles!

MILES.—¿Y Eva? Vengo á pasearle por delante de los ojos estas dos flores del desierto.

MARTA.—¡Oígame usted! ¡Eva se ha ido! ¡Ha huído; pero será de usted! ¡Suya! Con una recomendación, con una tarjeta de usted para el comisario, la buscarán... vendrá... Yo encargaré el secreto...

MILES.—¿Una tarjeta? ¡Ya lo creo; que la busquen! Al fin y al cabo eso es lo más barato que te has llevado de mi cartera; toma. *(Le da una tarjeta.)*

MARTA.—¡Gracias! Voy á buscarla, voy. *(Medio mutis.)* Por Dios... si viene Tonio, dígale que me obligó á salir para algo. *(Vase por la derecha.)*

MILES.—Ah, ¿no está Tonio? ¿Y tú te vas? ¿Quién nos va ahora á servir?... ¿No anda por ahí ningún bandido que nos sirva? *(A los dos Zíngaros.)* ¡A ver, vosotros, una marcha, hombres; que se ha ido esa señora! ¿No sois los del Casino? *(Los Zíngaros se ponen de pie y saludan servilmente.)* ¿Qué, no tocáis? *(Toca las palmas.)* ¿No acude nadie? Yo seré el tabernero.

(Suelta el gabán y va al mostrador. Entre todos llevan algunas copas y botellas á la mesa número 3 y á

la de juego, y se sientan junto á cualquiera de ellas. Grandísima animación.)

ZAZÁ.—¡Bien!

NANÁ.—¡Admirable!

ZAZÁ.—¡Viva Miles!

NANÁ.—¡Viva el rey del dinero!

ESCENA VI

DICHOS y PIEL DE OSO; á poco, TONIO

PIEL DE OSO.—*(Llega en completo estado de embriaguez. Trae entre las dos manos, puestas en hueco, varias monedas.)* ¡Sombra de Hugo! ¡No me persigas!

NANÁ.—¡Piel de oso!

MILES.—¡Bravo, muy bien! ¡Bebamos con Piel de oso!

ZAZÁ.—¡Oye, oye!

PIEL DE OSO.—¡Lirios negros cubiertos por la nieve!...

MILES.—¡Soberbio tipo!

NANÁ.—¡Acércate, mujer!

PIEL DE OSO.—¡Piel de oso no quiere besarte!

MILES.—*(Mostrándole una copa.)* ¡Toma!

PIEL DE OSO.—¿Eh?... ¿Qué es eso? ¿Coñac?... ¿Le viste tú? Aquel era Hugo... Tú estarías en un palco.

(Tonio aparece en la primera puerta de la izquierda y se queda parado al ver la escandalosa reunión y extrañado de no encontrar á Marta.)

MILES.—¡Caramba, el tabernero! La antigua dinastía toma de nuevo posesión del reino. Yo no he reinado más que seis minutos. *(A Tonio.)* Oye, rey: ten coñac; te convidamos con tu propio tesoro.

TONIO.—*(Tomando amablemente una copa que le da el señor Miles.)* ¡Gracias, señor Miles!

NANA.—Hemos tenido que apoderarnos de tu trono, ¿sabes?

MILES.—Tu augusta consorte abandonó el poder.

TONIO.—*(Con gran asombro.)* ¿Cómo? ¿Ha salido Marta?

MILES.—Y como no está la princesa heredera...

TONIO.—¿Que Eva también salió? ¿Eva, á esta hora?

PIEL DE OSO.—*(Con voz muy dulce, como recordando.)* ¡El Amor!... ¡El Amor! *(Se apoya en la mesa número 1.)*

TONIO.—¿Pero estaba esto solo cuando han venido ustedes?

MILES.—*(Riendo.)* ¡Ah, no te puedo decir una palabra; son secretos de Estado!

TONIO.—Usted bromea, sin duda. *(Yendo á la segunda puerta izquierda y llamando á voces:)* ¡Marta!... ¿Será verdad?... ¡Eva! ¡Eva! *(Pausa.)* ¡Marta!... ¿Que no está aquí mi hija? *(Mostrando una gran agitación, entra en la habitación de Eva.)*

MILES.—Hoy el Olimpo de la canalla anda revuelto. Fuga de diosas, indignación de Júpiter... *(Levantándose y acercándose con una copa en la mano á Piel de oso.)* ... En vista de ello, beberemos. ¡Bebe, Piel de oso!

PIEL DE OSO.—¡Bébete tu coñac! *(Le tira la copa. Miles alza la mano para dar una bofetada á Piel de oso. Ella hace un gesto de terror, y Naná, que ha acudido junto á Miles, detiene el brazo de éste.)*

NANA. — ¡Déjala! ¡Pobrecilla! ¿Qué sabe lo que hace?

MILES.—*(Dando á Piel de oso un empellón.)* ¿No veis qué mamarracho? *(A los demás.)* Vámonos adentro, que estaremos mejor. *(A los Zíngaros.)* ¡Vosotros: traednos la bodega! *(Los Zíngaros toman algunas botellas. Hacen mutis por la primera puerta de la izquierda, lo más rápidamente posible, todos los personajes menos Piel de oso.)*

ESCENA VII

PIEL DE OSO; en seguida, TONIO

PIEL DE OSO.—*(Mirando á la puerta por donde se fué Miles.)* ¿También tú me pegas? ¡Todos me pegáis! ¡Pues no quiero beber!... ¡Tengo dinero! *(Infantilmente muestra las monedas en el hueco de las manos y en seguida las cierra como con miedo de que se las quiten. Luego se lleva las manos cerca del oído y las suena alegremente.)* ¡Dinero!... ¡Dinero!... ¡Sin salir ya á la pista!

TONIO.—*(Sale excitadísimo del cuarto de Eva.)* ¡Nadie! *(Se oyen carcajadas dentro.)* ¡Y esta gente lo sabe! *(Va á entrar por la primera puerta de la izquierda, pero la loca se interpone.)*

PIEL DE OSO.—*(Agarrándole de la chaqueta.)* ¡Dame ron!

TONIO.—*(Rechazándola.)* ¡Quita de ahí!

PIEL DE OSO.—*(Volviendo á agarrarle y mostrándole las monedas.)* Dame ron... Tengo para pagar... ¿Se fué Jacobo? ¡Me echará á patadas! *(Metiéndole el dinero por los ojos.)* Mira, mira. Son tuyas.

TONIO.—¿Mías? ¿Qué dices?

PIEL DE OSO.—Tuyas.

TONIO.—¿De dónde has sacado ese oro, Piel de oso?

PIEL DE OSO.—Es de Eva... De Eva. Para ti. Dame una. Oye... oye. *(Le suena al oído el oro.)*

TONIO.—*(Loco de sorpresa, aprieta la mano á Piel de oso.)* ¿Qué dices, loca? ¿En dónde está Eva?

PIEL DE OSO.—*(Desvariando.)* ¿Eva?

TONIO.—¡Sí! Dime: ¿dónde has dejado á mi hija?

PIEL DE OSO.—*(Sin darse cuenta de la situación.)* ¿A tu hija? *(Se deja caer en un asiento á la izquierda de la mesa número 1.)*

TONIO. —*(Sacudiéndola.)* ¡Piel de oso!... ¡Piel de oso!... ¡Está borracha! ¿Mi hija te ha dado esto?

PIEL DE OSO.—Ya suena la orquesta. Es la danza... ¡La danza!

TONIO.—¡Qué martirio! ¡Serénate! ¡Cuéntamelo todo! ¿No acabarás? ¡Te daré de beber! ¡Anda, Piel de oso! *(Piel de oso echa sobre la mesa número 1 todas las monedas y se pone á tararear.)* ¡Acabarás con mi paciencia!

PIEL DE OSO.—«¡Dáselas á Marta! ¡Que no las vea mi padre!» ¡Ja, ja, ja!

TONIO.—¡Vamos, habla ó te ahogo! ¿Dónde están Marta y Eva?

PIEL DE OSO.—*(Como explicando una cosa muy lógica.)* ¿Eva? Con el Amor... Con el Amor... Iba con él.

TONIO.—¿Con quién?

PIEL DE OSO.—*(Levantándose.)* Con el Amor. Por la calle; con él. Me cogieron... Entramos á un café. *(Transición. Muy seria.)* ¡Tú no te puedes enterar!

TONIO.—¿Por qué? ¿Por qué?

PIEL DE OSO.—¡Me pegará Jacobo! *(Muy sombríamente.)* ¡Marta y él...

TONIO.—¡Canalla! *(Hace un gesto amenazador.)*

PIEL DE OSO.—*(Horrorizada, empieza á desabrocharse convulsivamente el pecho.)* ¡Toma, toma! *(Sigue desabotonándose.)* Entramos á un café... Yo bebía ron, ron, ron... ¡Ella escribía... lloraba! ¡El la miraba! *(Saca del seno un papel, que le arrebata Tonio.)* No lo digas á Marta, ¿eh?

TONIO.—*(Leyendo y revelando en la lectura toda la ira y la sorpresa que el arte sugiera al actor.* «Marta, no he de volver ahí más. Huyo de tus infamias. Oí que querías venderme.» *(Dejando de leer.)* ¡Jesús! *(Reanudando la lectura.)* «Vi que para Jacobo robabas á mi padre. ¡Mira si es bueno Octavio, que cuanto tiene me lo da, para que lo devuelvas al cajón, para que el padrecito no sepa su deshonra!» *(Alzando los puños cerrados.)* ¡Señor! ¡Señor! *(Cae anonadado en un asiento.)*

PIEL DE OSO.—*(Habla como en un sueño, reme-*

dando dulcemente á los novios.) Decían así: «¿Me querrás siempre, Octavio?...» «¡Tuya soy!...» ¡Es de él!... ¡Besos!... ¡Amor!... ¡Felicidad!... «¡Soy tuya!...» ¡Es de él!... «¿Me querrás siempre, Octavio?»

ESCENA VIII

DICHOS y MARTA, que entra por la derecha. Después, MILES, NANÁ, ZAZÁ y los ZÍNGAROS 1.° y 2.°

(En el momento de entrar Marta se lanza Tonio sobre ella, que da un agudo grito.)

MARTA.—*(Gritando horrorizada:)* ¡Aah!

TONIO.—*(Cogiéndola de una muñeca.)* ¿Qué has hecho de mi hija?

MARTA.—*(Confusa y temblorosa.)* ¿De tu hija?... ¡No sé!... ¡Huyó!

MILES.—*(Que ha asomado á la primera puerta de la izquierda con sus acompañantes al oír el grito de la tabernera.)* ¡Hay disensiones en el Olimpo! ¡Veamos!

MARTA.—¡No está aquí!... ¡Vengo de buscarla!

TONIO.—¿De buscarla? *(Metiéndole la carta por los ojos.)* ¿Y esto? ¿Y lo que aquí dice Eva? ¡Lee! ¡Di que es mentira! ¡Di que es mentira que has cogido de ese cajón dinero para dárselo á un hombre! ¡Díme que no querías vender á mi hija!

MARTA.—¡Sí!... ¡Es mentira!... ¡Mentira!... ¡Son infamias de ella!... ¿Quién ha traído esta carta?

PIEL DE OSO.—¡Yo, lobita; yo, loba! No se lo digas á Jacobo, ¿sabes?

MARTA.—¿Tú? *(Se arroja sobre ella y le echa las manos al cuello para ahogarla.)*

NANÁ.—¡Que matan á Piel de oso!

(Tonio saca un cuchillo y va á lanzarse sobre Marta. En el instante, Naná y Zazá separan á la tabernera de Piel de oso. El Zíngaro 2.° y el señor Miles sujetan á Tonio, y el Zíngaro 1.° le quita el cuchillo, quedándose con él en la mano izquierda. Los personajes que-

dan en esta forma, del foro á la batería y de derecha á izquierda: Marta, suelta.—Zíngaro 2.°, sujetando á Tonio por el brazo derecho.—Tonio.—Señor Miles, sujetando á Tonio por el brazo izquierdo.—Zíngaro 1.°, junto á Miles.—Piel de oso.—Naná.—Zazá.)

MARTA.—*(Brava y cínicamente, viendo sujeto á Tonio.)* ¡Sí! ¡Es verdad! ¡Te odio á ti y odio á Eva! ¿Para esto os he aguantado, os he sufrido? ¡Te odio!

TONIO.—*(Forcejeando por desasirse.)* ¡Mala mujer!... ¡Te he de matar, te he de matar! ¡Vete de aquí!

NANÁ.—¡Sí, Marta, huye, huye!

MARTA.—*(A Tonio.)* ¡Me iré para que vuelva tu hija, ese tesoro que no vale más que esto! *(Coge de la mesa número 1 las monedas que dejó Piel de oso y se las tira á Tonio á la cara. Al caer el dinero sobre el grupo, sueltan instintivamente á Tonio los que le sujetan. Marta sale corriendo por la puerta de la derecha. Tonio va á lanzarse sobre ella, y en el mismo momento Piel de oso arrebata el cuchillo al Zíngaro 1.°, gritándole:)*

PIEL DE OSO.—¡Trae! *(Toma en la palma de la mano el cuchillo, con la punta hacia afuera, como en los juegos malabares, y dando un aullido salvaje, lo lanza á la calle con todas sus fuerzas. Marta da un grito. Todos quedan inmóviles. Piel de oso se vuelve hacia ellos saludándolos, sonriendo locamente como si agradeciera los aplausos del circo. Marta aparece en el umbral de la puerta y se apoya vacilante en el quicio, como si trajera el cuchillo clavado en un costado.)*

TONIO.—*(A Marta.)* ¡Muere!

MARTA.—¡Piel de oso! ¡Piel de oso! *(Cae hacia afuera de la taberna á tiempo que aparece Goliat en la puerta, todavía con el frasco de ginebra en la mano, y se queda asombrado ante el cuadro, sin avanzar.)*

ESCENA ULTIMA

DICHOS y GOLIAT

GOLIAT.—¿Qué es esto? ¿Han matado á ésta?

MILES.—*(Señalando á Piel de oso.)* ¡Sí! ¡Esa loca!

GOLIAT.—¿Loca? ¡Pues es lo único razonable de su vida! *(Piel de oso sonríe, tira besos á todos, baila lentamente.)*

PIEL DE OSO.—*(Deteniéndose.)* ¡Qué bien le dí!... ¡Qué bien cayó! *(A Naná.* ¡Se oye la orquesta!... *(Tararea dos compases de música.)* ¡Es mi danza!... ¡La danza de la muerte! *(Sigue bailando, saludando, riendo...)*

TELON

OBRAS DE JOAQUIN LÓPEZ BARBADILLO

El fin del mundo.—Juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)—*Una peseta.*

La boca del león.—Entremés. (Segunda edición.)—*Una peseta.*

El mirlo.—Entremés.—*Una peseta.*

Camino de flores.—Comedia lírica en un acto. (Segunda edición.)—*Una peseta.*

Romance pastoril.—Comedia rústica en un acto.—*Una peseta.*

Piel de oso.—Zarzuela en un acto. (Tercera edición.) *Una peseta.*

El traje de Venus.—Comedia en un acto.—*Una peseta.*

Los ochavos.—Juguete cómico-lírico en un acto.—*Una peseta.*

El hongo de Pérez.—Juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)—*Tres pesetas.*

La danza de la muerte.—Novela escénica en tres actos.—*Dos pesetas.*

De venta: en la **Administración de «El Imparcial»**, Mesonero Romanos, 31; en la **Sociedad de Autores Españoles**, Núñez de Balboa, 12, y en las principales librerías.

Precio: 2 pesetas